

Índice

La pregunta acerca del ser

El arquetipo

Cotidianidad, comunidad y tradición

Fiestas, diversión y reuniones

La amenaza de haber sido

La pregunta acerca del ser

¿Existe una manera de ser específicamente mexicana? ¿Hay algo que nos iguale como congéneres y los distinga de los demás? ¿Puede conocerse el alma cristalizada del país a través de sus habitantes? ¿Nos comportamos de una manera singular?

La pregunta acerca de la identidad, el carácter y las motivaciones del mexicano fue uno de los tópicos más recurrentes en los ámbitos académicos e intelectuales a mediados del siglo XX. Sin embargo, el análisis de su manera de relacionarse con los otros y entre ellos mismos, sus sentimientos y modos de ser es mucho más antiguo; viajeros y estudiosos extranjeros, así como coterráneos, han retratado al mexicano en crónicas de viajes, novelas costumbristas o en las artes plásticas. Queda también, para dar cuenta de su singularidad, la cultura tangible –todos los restos materiales–, la producción artística y la impronta reflejada en cada uno de nosotros: hábitos, lenguaje corporal, temores y aspiraciones, gustos y aversiones que nos definen como mexicanos. A partir de la Revolución la urgencia de una unidad nacional y de un proyecto de nación que incluyera a todos, obligó al Estado a reevaluar y a los intelectuales a reflexionar acerca de cómo actuábamos, para así encauzar nuestras energías –tanto positivas como negativas– hacia la construcción de un país moderno. Inventar, codificar y normar la identidad del mexicano ya no fueron una mera curiosidad humanística, sino una necesidad política e ideológica urgente.

El análisis implicó, necesariamente, la comparación con otros: europeos, estadounidenses y otros latinoamericanos. Los extranjeros que nos estudiaron siempre nos describieron desde sus propias culturas, creando una imagen de los mexicanos, que ciertamente influyó en la nuestra. También recalcaron características que, por obvias y conocidos, escapaban a nuestros ojos y sólo se revelaban ante la mirada asombrada del otro: la luz, el color, los sabores que a ellos les parecían exóticos eran, para nosotros, invisibles. Durante la década de los cincuenta humanistas, psicólogos, pedagogos, filósofos, literatos y críticos de arte abordaron el tema de “El Mexicano”. Con reflujos, acotaciones y repuntes periódicos, la discusión fue abandonada después de los setenta. Exorcizado, al parecer, el peligro una nación desgajada, logrados su pacificación y rumbo, las urgencias temáticas cambiaron. Nadie dudó que la dirección hacia el progreso y la modernidad eran imperativos, y si el flujo de los estudios persistió, fue menos virulento. Todos los autores concluyeron que era imposible hacer un retrato del mexicano típico sin caer en la caricatura o el lugar común. México era muchos Méxicos y el mexicano era muchos mexicanos, dadas las grandes desigualdades y la diversidad de culturas que existían en el país. Tal reconocimiento nos llevó, recientemente, a la definición constitucional de México como un país pluriétnico y multicultural.

Los mexicanos compartimos un territorio con muy diversos paisajes. Una historia donde convergen dos raíces primarias –la indígena y la española– y una tercera raíz, la negra. Múltiples migraciones desde los más diversos puntos del planeta han teñido nuestras culturas en distintos tiempos y hay que considerar, también, que aquellas raíces primigenias estaban, a su vez, compuestas de diferentes ingredientes. Somos producto de un mestizaje, estamos *nepantla*, como decía Sor Juana, para referirse a su condición: no era ni india ni española, ni evangelizada ni pagana, sino intermedia, mixta, híbrida. Tenemos una lengua oficial –aunque también se han elevado a rango constitucional los derechos lingüísticos de los indígenas. Símbolos patrios. Un gobierno, una legislación comunes, un sistema educativo rector. Medios de comunicación que retoman perversamente el proyecto unificador de hace cincuenta años y nos igualan en

tanto consumidores, brindándonos una serie de modelos únicos del mexicano que, por más que rechacemos, reinterpretemos o aceptemos, van forjando un idioma, una semejanza y una ridícula caricaturización de lo tradicional y lo diferente – volviéndolo típico y chovinista.

Las maneras de apropiarse de la idea de nación difieren considerablemente de acuerdo a la posición en la red social de cada uno de los individuos y los grupos sociales. Además de autodefinirse como mexicano, cada cual tiene otras identidades: regional, local –es de un pueblo, una comunidad, un barrio–de clase, por edad, ocupación, etnia, credo, género, educación, etcétera. Todo individuo tiene comunidades inmediatas con las cuales se identifica: la identidad y la tradición no son únicas, inmóviles ni fijas: la apropiación, imitación, usurpación y circulación de identidades, tradiciones, hábitos e imágenes entre los diferentes participantes enriquece el panorama, en constante movimiento.

En el interior de cada individuo conviven –nunca en completa armonía– diferentes filiaciones e identidades, no siempre visibles, pero puestas en marcha ante el estímulo de la convivencia o exacerbadas por circunstancias extraordinarias. Damos aquí un mapa de los polos donde se define al mexicano, horizontalmente, para luego analizarlo en su vida cotidiana y en su explosión festiva. Un individuo inmerso en la masa se convierte en algo completamente diferente y hasta opuesto al que vemos individualmente. La polarización y la ruptura son, tal vez, lo que define al mexicano: vivimos permanentemente en la encrucijada.

El arquetipo

México profundo, sin superficie de tan interior,
subterráneo y lleno de lágrimas humanas.
José Revueltas ¹

¿Cuál es la esencia del mexicano? ¿Existe un alma, espíritu o carácter que sean exclusivamente nuestros?

¹ José Revueltas, *El Luto Humano*.

El mexicano –como cualquier otro habitante de este mundo– no tiene una identidad única ni inmutable; cualquier definición resulta parcial y tendenciosa. Más que una esencia o una forma de ser dadas, existen formas de actuar en un espacio y tiempos determinados. Cada mexicano, además de reconocerse y autodefinirse como tal, pertenece a una región –no es igual ser del Bajío, de Yucatán o del Altiplano–; a una clase –un habitante de la periferia de la capital es diferente de un rico empresario del norte–; un gremio; vive –o sobrevive– en la ciudad, el campo o el exilio, en un barrio y una cuadra; pertenece a un grupo de edad y tiene, además, una manera personal de mezclar sus identidades parciales, la cual depende de su posibilidad de contacto con otros grupos y de los umbrales de aceptación o exclusión en los cuales se mueve como persona o como su grupo. El flujo permanente entre diferentes culturas tiñe la identidad: el olvido, la nostalgia por las tradiciones, la idealización del pasado, la volatilidad de la moda, la premura de la vida cotidiana nos sitúan, a cada paso, en nuevas formas de ser y manifestarnos.

La identidad del mexicano se encuentra troquelada, según la mayoría de los estudiosos,² por un quiebre inicial: la Conquista. Ser derrotados y colonizados la marcó para siempre, como nos ha marcado la vecindad con los mares, una enorme frontera con Estados Unidos, una geografía plural. La convivencia de las diferencias y desigualdades étnicas, sociales, políticas o económicas a lo largo de la historia presentan muchos sesgos: incursión, mezcla, contigüidad, aislamiento, aceptación, expropiación –circunstancias a las que hemos estado expuestos de distintas maneras y con diferentes intensidades. Además de nuestros ámbitos próximos de acción, nos determinan las circunstancias históricas del país. Las diferencias, más o menos visibles en diferentes momentos de la historia, se heredan, se trasforman pero aún estamos en constante guerra civil. Tal vez la ambigüedad sea nuestra esencia. A lo largo de la historia, los mexicanos se dividen en bandos contrarios que contienden por el reconocimiento y legitimación de sus encontradas y opuestas maneras de concebir

² Entre los estudiosos del mexicano destacan Samuel Ramos, Octavio Paz, Santiago Ramírez, Roger Bartra. La colección de los cincuenta, *México y lo mexicano*, incluye importantes título sobre el tema. Sus cronistas de costumbres incluyen a Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Antonio García Cubas y más recientemente, José Juan Tablada, Salvador Novo, Carlos Monsiváis.

el mundo. Los separan las diferencias económicas, pero además el mexicano se mueve entre polos ideológicos opuestos que persisten, con igual fuerza, y parecerían irreconciliables. No parecen permitir matices: la identidad parcial ha de ser sacrificada, aunque sea temporalmente, para ser aceptado por el grupo del cual pretende ser parte.

La suma de gustos, lenguas, léxicos particulares, temperamentos y maneras de ser son determinados por el subgrupo mismo, el Estado, la familia y la opinión pública. Los polos de definición se excluyen y confrontan todo el tiempo: apretado/ relajiento, tradicionalista/ modernizador, chovinista/ cosmopolita, silencioso/ estridente. Un largo etcétera marca los límites de nuestros campos de acción anímica: allí vive el mexicano. Un mismo individuo puede ser el más discreto oficinista y el más desgañitado fanático de los toros; el más huraño joven banda es el más devoto guadalupano; el más alburero y crápula merolico de plaza resulta un llorón sentimental adorador de su *jefecita santa*; la más recatada cincuentona resulta ser la más sensual *danzonera* de la fiesta; el más humilde campesino es un endemoniado judío tras su máscara en la fiesta; el más pacífico artesano es capaz de batallas rituales furibundas – y así sucesivamente.

Las diferentes identidades o maneras de ser, no siempre conviven en armonía –ni siquiera en el interior del mismo individuo –, pero hemos aprendido a dejar un espacio al otro; las mediaciones indispensables del respeto, la curiosidad, no siempre sustituyen la segregación, la descalificación, el intento de reforma – interno o externo– del otro. Las distintas culturas ya no luchan a muerte, pero aún no se ha asumido cabalmente que la cultura no se impone ni se cambia: se porta, se aprende tempranamente y sólo se modifica según la historia de cada cual.

¿Qué me hace identificarme con otro como mi semejante? ¿Qué me hace pronunciarme como diferente?

Un paisaje y un color

Nuestra poesía... es una réplica a la geografía volcánica e indomada.

Fueron los extranjeros quienes primero repararon en la naturaleza de nuestra luz. La brevedad del crepúsculo y el alba precipitan el día y la noche, el uno contra el otro. La nitidez de las sombras, las diferencias entre las aceras soleadas y las sombreadas, el deslumbramiento al salir de los espacios cerrados o el remanso sombrío de los anchos portales marcan la arquitectura que, cerrada alrededor de patios y corredores, permite la ausencia de ventanas y enclaustra la intimidad sobre sí misma, en el patio mismo.

El paisaje –color, textura, alegoría– comienza en lo inculto e inorgánico. Sea jardín o huerto, sea tierra fértil o desértica, campo yermo o selva, la naturaleza es algo a ser utilizado, domeñado, cultivado, civilizado y humanizado. La ceniza y la lava sólida pintan un territorio donde pueden verse, como un guante vuelto por el revés, las entrañas de la tierra, el grito violento de la naturaleza. Desde las sierras, lentamente la piedra es ganada por la vegetación, ésta por el cultivo y éste a su vez por las ciudades.

Nuevamente hemos abandonado la tierra yerma y erosionada que expulsa a sus habitantes. El perfil de las montañas en el horizonte rodeando la vastedad del valle, las intrincadas vegetaciones de la selva o la presencia del mar troquelan el alma, el cuerpo. El paisaje rige los patrones de asentamiento; el entorno brinda los materiales para las viviendas y utensilios, determina una relación con la tierra; el clima –extremoso por excepción– marcan horarios y atuendos, ciclos de producción y festivos.

Nuestro clima nos pone a resguardo de las nieves y el invierno extremoso –como no sea en la Tarahumara– se convierte en una estampa escolar. Nuestra geografía está marcada por el agua: temporadas secas y húmedas, ciclones y huracanes, inundaciones o tierra resquebrajada por el calor.

Riquezas regionales, facilidades para los diferentes cultivos, posibilidades de acceso a los lugares determinan la vida: petróleo, maíz, café o ganado en las diferentes latitudes.

³ Octavio Paz, *Las peras del Olmo*.

El paisaje y la luz, más que las fronteras, definen nuestra mirada. Y todos vemos las mismas estrellas —excepto en las grandes ciudades, donde ya no son visibles.

Iconos y formas

Mucho más que los símbolos patrios —aunque también éstos— la cultura nacional o regional involucra las materias primas con las que se construyen arquitectura, ornato, instrumentos, atuendos y maneras de vivir, acordes con lo disponible en un lugar y lo que proviene de otros lares. Barro, piedra, madera y fibras naturales conviven con vidrio, acero y asfalto. Los colores naturales, neutros y terrosos se combinan con colores vivos y chillantes de pintura de aceite en las artesanías; la arquitectura urbana, vistosa y deslumbrante de vidrios, retorna a las formas y tonos del barro o la paja. La austeridad de la carencia, los volúmenes del adobe, las hileras de la teja o la palma en los techos salen a otros ámbitos; la tradicional distribución de los espacios es retomada por los más innovadores arquitectos, dando un carácter nacional a algunos de sus edificios.

La masa y el volumen, acordes a nuestros climas y cuerpos, se obtiene —natural o intencionalmente— y las viviendas y asentamientos se suman al paisaje sin importunarlo.

Junto a la austeridad, la improvisación, los palomares, la acumulación irrumpe en nuestro paisaje humanizado, haciendo invisible la naturaleza o el horizonte. El gusto por el adorno y por las flores es universal: cualesquiera que sea el lugar o la condición de los mexicanos, requieren de alguna estampa en la pared y alguna mata en su vivienda: la sangre recuerda algo más que el hacinamiento. A través de la historia, consignados y acompañados de los materiales, nos persiguen las formas: la pirámide, la greca, los caracoles y las líneas helicoidales, la sobreposición permanente.

Muchos instrumentos —y sus nombres nos han acompañado a lo largo de siglos: un molcajete, una tenate, una coa, una mecate requieren de pocas transformaciones a lo largo del tiempo —los materiales a veces son sustituidos, pero su esencia sigue idéntica puesto que son idóneos para sus funciones.

Nacionalismo y malinchismo

Como México no hay dos

Somos defensores a ultranza, oficial o individualmente, de nuestro territorio, sus riquezas y su soberanía. Respondemos ante cualquier amenaza –real o imaginada– con violencia y arrojo. Somos capaces de reconciliar toda diferencia ante las agresiones; mostramos orgullosos nuestros Premios Nobel, nuestros campeones olímpicos, nuestra influencia en la música japonesa –gran importadora de boleros sentimentales– y presumimos hasta de la ciudad más contaminada del planeta junto a la perdida primacía en la producción de plata. Resentimos con rapidez cualquier juicio de ajenos y respondemos airados cuando algún extranjero señala lo que nosotros criticamos cotidianamente –desde el funcionamiento de los excusados hasta las políticas internacionales. Desconfiamos de cualquier evaluación hecha por extranjeros. En el exilio, adoptamos rasgos que nunca asumimos en el interior de nuestras comunidades: nunca somos tan mexicanos como cuando estamos fuera, ni tan regionalistas como cuando somos emigrantes. Sin embargo, envidiamos abierta o solapadamente la técnica, la riqueza, las ideas del exterior que con avidez consumimos –a veces sin ser concientes de su invasión, nos seducen su economía, su cotidianidad –imaginada como idílica y cómoda opulencia. Hoy, los “otros” son representados esencialmente, por Estados Unidos, pero antes fuimos afrancesados o envidiosos de España –la Madre patria, y los privilegios del reino donde nunca se ponía el sol. En nuestro país la imitación y admiración de lo foráneo es constante. En su mejor fase, este afán de ser como otros nos hace hospitalarios y solidarios con migrantes, refugiados y exiliados –cuya influencia ha sido decisiva en la vida nacional. Así como emulamos lo europeo o lo estadounidense, resentimos ser sobrepasados, igualados o confrontados por quienes consideramos tan tercermundistas como nosotros. Somos discriminadores con los migrantes del sur e incrédulos ante los logros de otros países, que consideramos en competencia con nosotros.

Regionalismo y centralismo

Fuera de México, todo es Cuautitlán

Ningún giro del lenguaje, ningún mole, tamal o queso, ninguna mujer, santo o catedral son tan ricos, hermosos, deliciosos como los de la patria chica.⁴ Nadie querría ser de otro Estado, pueblo, barrio o cocina. Restaurantes y puestos que se especializan en vender quesos, tostadas, panes o chiles de una región son prueba de que, aunque migrante, su paladar sigue arraigado a lo nativo. Cada pueblo o región tienen un rival al cual hacen blanco de burlas y chistes: se arremeda al contrario, se le zahiere y se narran las derrotas que se han infringido. Y cada región o estado se tipifica de manera simplista: no todos los tamaulipecos usan *cueras*, ni los regiomontanos son *codos*, ni los yucatecos separatistas, ni malhablados los de Alvarado, ni se come bien en todos los lugares que ofrecen viandas en Oaxaca. Coinciden todos, eso sí, en su hostilidad y desconfianza contra los chilangos.

La ciudad de México es el enemigo por excelencia de los terruños y patrias chicas. Cuando uno de sus habitantes reclama que veinte millones de personas no pueden ser iguales, responden que la rebeldía ante semejante descripción no es sino una manera de confirmar nuestra arrogancia centralista: “eres un *acelerado*”.

El centralismo —o más bien la burocracia centralizadora— son herencia prehispánica y colonial. En el Altiplano se recababan los tributos, allí residían y residen los poderes —desde entonces. El nombre de la ciudad fue elegido para el país entero —hace casi doscientos años— y aún debemos pagar caro el decir que somos de México. “*Ah, del defectuoso, chilango. Todos somos de México*”. Nuestra ciudad es una de las más contaminadas, pobladas y conflictivas del planeta, el sismo la tiró, falta el agua... pero los nativos no la abandonamos y los migrantes siguen llegando. Ser habitante de tercera generación de esta ciudad es ya un exotismo y, actualmente, decir que vivimos en ella es una entelequia, pues se vive en un barrio, una colonia, un rumbo —cuando mucho. Se le sufre y se subutilizan sus ofertas privilegiadas: cultura, consumo especializado, cosmopolitanismo.

⁴ Luis González y González, pionero de la microhistoria y la historia regional en México llamó *matria*, en oposición a la patria, a la región. *Pueblo en Vilo*, su libro sobre San José de Gracia, Michoacán, sigue siendo un clásico indispensable para el entendimiento de las interpretaciones locales de la historia y de las costumbres.

La ciudad ejerce culturas particulares en diferentes sectores: los indígenas traen mayordomías, fiestas y tradiciones –tres millones, la cuarta parte del total que se define como tales, viven en aquí y constituyen el mayor número de pobladores que hablan otras lenguas, además del castellano.

La capital es un mosaico de culturas: tal es su carácter esencial, y de allí la imposibilidad de abarcarla o entenderla. A pesar de que la masa borra las peculiaridades; las periferias y los barrios tiene tradiciones, fiestas y formas de vida que alternan con las más diversas estrategias de sobrevivencia dentro de este monstruo urbano. Apropiándose, desechando, reciclando a un ritmo acelerado cuanto se produce y consume, los habitantes reinventan este caos, sostenido con hilos misteriosos e inexplicables: desde ferias de pueblo –en colonias que antes fueron pueblos y quedaron englobados por el crecimiento de la ciudad –hasta la manía chilanga de buscar atajos para sortear los embotellamientos de tráfico.

Migración y residencia

El apego al lugar, la tierra, la tradición de origen se ven trastocados por la necesidad de migrar. Nadie abandona el lugar de origen sin la intención volver. Pero cuando esto no sucede pronto, hay maneras de apropiarse de los lugares, así sean de tránsito, y transformarlos en algo propio –el altar, la foto, las redes de solidaridad fuera de la tierra se multiplican. La migración expande la cultura, el exilio reproduce, refuerza, modifica y privilegia algunas tradiciones. Al retornar, en cambio, se extranjeriza el lugar originario. Este flujo de población y de recursos cambia completamente la fisonomía de los lugares abandonados y expulsos. Los dólares se invierten en casas inusitadas y distantes de la arquitectura tradicional: son un símbolo de ascenso y estatus que poco tienen que ver con las necesidades o gustos originarios. Poco tienen que ver con los lugares a donde arriban, tampoco, las limpias, ofrendas y telares de cintura que extrañan a los ciudadanos al pasear por las calles del centro de la ciudad –por no decir nada de la iconografía y carácter que dan los mexicanos a algunos barrios de Chicago o Los Ángeles.

Pero no existe, como en Europa o Estados Unidos, el furor por cambiar de casa, de ciudad, de escuela y de trabajo. Aún en el desarraigo, los mexicanos conservan su maceta, su santo, su marchante y sus acentos al hablar –con la

nostalgia que idealiza el lugar que abandonaron y el deseo de volver,
exitosamente, a reformar todo aquello que ahora extrañan. La querencia donde se
mezclan olores, antojo y recuerdo hace de lado la cotidianidad donde se
repasaban las vejaciones del cielo que no llueve, el dinero que no alcanza, la
enfermedad que no cura, el patrón que no paga, el gobierno que no cumple.

Tiempo pausado y tiempo *ahoritita*

*Que no sentí jamás correr el tiempo
tan acremente como en ese tiempo
Renato Leduc* ⁵

Lentitud, parsimonia y hasta desidia: así calificaban todos los visitantes
extranjeros nuestro ritmo. Acelerados, inquietos, apresurados: califica todo
visitante el ritmo de las ciudades. El tiempo es diferente en las urbes que en
el campo o la provincia. Se alarga durante la espera, se acorta ante las
distancias que deben recorrerse, se dilata según nuestra prisa ante pasmados
meseros o en colas ante las ventanillas. El *momentito*, que cabe en el hueco
mínimo de un pulgar y un índice, como pellizco de tiempo, es bien diferente para
quien debe comprar, elegir, regatear y dar cambio en el lapso que dura un
semáforo. El *ahorita* no cabe en un lugar donde el día no rinde, las filas se
alargan si no se lleva el boleto del metro listo, si no se actúa con eficacia:
el tráfico se atasca si no se arremete con agresión la calle.
Pero en cuanto llegamos, termina la impaciencia. La manera parsimoniosa de
saludarnos, introducir la plática y abordar el tema; el ceremonial para
contestar el teléfono o anunciar al visitante en la oficina son ineficientes, a
decir de quienes viven donde *time is money*. Cuando nos es dado hacer pausas, a
pesar de las distancias y el retraso, lo tomamos con calma, alargamos la visita
y ya para despedirnos, entretenemos la plática. Nos parece inusitado ver escrito
en las invitaciones de otros países que la fiesta terminará a las dos horas de
haber comenzado. Cuando depende de nosotros somos capaces de ser tan pausados o
colgados como es posible. En las ciudades, cualquier cita tiene un rango de
tolerancia y ya nadie espera que el prójimo sea puntual: nadie se excusa por
llegar con media hora de retraso y hasta es de mal gusto acudir a una cita a

⁵ Renato Leduc, "Soneto del tiempo".

tiempo –como si no se tuviera que vivir en el mismo tráfico, como si el otro no tuviera nada qué hacer. Pero, ciertamente, cuando alguien de provincia dice que llegará en la tardecita, en la mañana, en la nohecita, nuestro ritmo urbano acelerado se subleva –*ahoritita* mismo, *para ya, en fa, andando, que es gerundio*– y ante el “*ya viene*” preguntamos exasperados: “¿desde dónde?” *Ahorita*, un *momentito*, no tarda.

Direcciones, medidas y distancias

Allacito, traslomita, aquí nomás, no es lejos indican distancias..

Pa’rriba, pa’bajo, en lugar de hacia la derecha o hacia la izquierda –o a la inversa indicando direcciones.

Extraño país: techos que se cuentan por año de palma, cecina por metro, frijol por litro, clavos por kilo. Superficies que se miden por faenas, por mecates. Los carrizos y palma por brazadas. Zontles, almudes, hiladas, cargas, cucuruchos, gruesas, canastos, huacales, sardinas (latas de reuso), montoncitos, atajos, ristras o tantos pasan por medidas de cantidad. En la cocina los puñitos, pizcas, puntitas, una nadita, chorritos y al gusto sustituyen, en la tradición oral, cualquier medida exactas. Vendemos, compramos, guisamos o mezclamos al tanteo: al fin ya le conocemos el punto al atole o al cemento, la consistencia al lodo y a la masa.

Muchas lenguas

Además del castellano o español, existen en México doce millones de habitantes que hablan idiomas nativos y variantes dilectales de más de cincuenta lenguas. El español del país tiene diferencias respecto al de otros países hispanohablantes y, además, significativos cambios de tono, acento y léxico que nos permiten, más o menos, identificar la región de procedencia de una persona. Todos, casi, sabemos que es lo mismo un *morro*, un *chilpayate*, un *muchito*, un *escuincle* y un *patojo*. En todo el país se usan palabras procedentes de las lenguas indígenas para nombrar lugares y pueblos; frutas, plantas y objetos que no existían en otras partes. Los vocablos “chocolate”, “chicle”, “tomate” y “huracán” son usadas en todos los idiomas del planeta, aunque se ignore que originariamente provienen del náhuatl y el maya. También la contigüidad con

otras lenguas da modismos locales y tiñe las sintaxis regionales: una *troca* es americanismo popular, y el uso de circunloquios como *no muy sé* o *sabe llover* indican un comportamiento gramatical diferente en las lenguas originarias de la región. En algunos lugares se conservan arcaísmos del castellano que se han perdido en otros lugares hispanohablantes: *ansina*, *endenantes*; persiste el vos de Chiapas, o el gremial lenguaje de arrieros aún se escucha en los Altos de Jalisco.

También hay aberraciones tradicionales, como llamar zócalo o zocalitos a las plaza, porque el de la ciudad, alguna vez, tuvo un escalón o zoclo que lo rodeaba.

Diminutivos, cortesía, formalismos, modos de saludar y disculparse, uso del tú y el usted son distintivos de nuestra manera mexicana de hablar.

Lenguaje formal y léxicos irreverentes

Cierta prosopopeya política, la certidumbre categórica de quien dicta cátedra, la especialización profesional de quienes se entienden sólo entre ellos, modismos y vicios del lenguaje de los jóvenes, caló y léxicos particulares de quienes tienen claves para salvaguardar los sobreentendidos ante extraños, circunloquios específicos para implicar confianza o distancia con el interlocutor; seducción de quien pretende hacernos aliados de su causa o razones: cada comunidad o grupo tienen un idioma peculiar que los define y separan de quienes son ajenos a ellas.

La ceremonia y formalismo del lenguaje demagógico se asemeja al Cantiflismo, lleno de circunloquios y ambigüedades que nunca niega, y busca complacer a todos. *Ai' sta el detalle*. Cantinflas jamás impugna, todo es *vacilada* sin crítica o la menor intención de subvertir: simplemente enreda, arremeda, inventa. El lenguaje de las carpa, tandas ha sido sustituido por los cómicos *light* y su crítica tolerable e inofensiva.

La ponderación de las respuestas en el diálogo, el buscar sentido oculto en la indirecta, la alusión que nos deja rumiando largo rato una respuesta adecuada es completamente diferente a la rapidez del *albur*, donde la agilidad y el ingenio son indispensables. Ambas dan una densidad de objeto al lenguaje, que en un caso

tiene el espesor de la desconfianza que horada y en el otro una ligereza que no ofende ni perdura.

El lenguaje puede ser trinchera y resguardo, escondite y disimulo ponderado, aliado o arma ofensiva. Poliédrico, por sus acentos, transforman una palabra en algo lleno de sentidos encontrados.

La pretensión de los sistemas educativos y de los medios de comunicación por estandarizar el lenguaje fracasan porque siempre quedan cortos. Los textos escolares, en su afán de crear una lengua única, la empobrecen; nunca abarcan la totalidad de los dialectos peculiares y descalifican como incorrectas muchas modalidades regionales. La televisión, en cambio, y los lenguajes de sus conductores, son incorrectos y ramplones. Las traducciones de los programas doblados dan un falso acento para ajustarse a otras lenguas y su pobreza léxica y su literalidad desgarran y corrompen varias horas al día el lenguaje. Es una pena que la oralidad a la cual estamos más expuestos sea de tan raquítica calidad.

Crear o hacer

Cuando se comenzaban a hacer planes de industrializar este país, los expertos declararon que los mexicanos eran pésimos obreros: incapaces de producir en serie o de controlar siquiera alguno de los pasos sucesivos de la producción. Como a cualquier humano, nos gusta hacer las cosas, de principio a fin, y verlas, una vez terminadas, como algo creado por nosotros mismos. Y a pesar de que llegamos a ser magníficos obreros, tenemos aquella añoranza del trabajo artesanal.

¿Por qué esa imposibilidad de terminar a tiempo, de cumplir los plazos? Por desidia —*ai se va, da de sí*—; por perfeccionistas: nos traicionan el gusto por la miniatura y la minucia churrigueresca y abigarrada; por falta de perspectiva respecto al tiempo y las propias capacidades, por la dificultad de trabajo en equipo: *no me lo surtieron*; por la burocratización y complicación innecesaria de los trámites y procedimientos.

Así como todos los albañiles chiflan, oyen música y ve crecer con amor sus paredes, la clase media tiene un desprecio de hidalgo castellano por el trabajo manual: “primero muerto que obrero”.⁶

Es cierto que se nos da mejor el trabajo que requiere ingenio que aquel que requiere disciplina. Perdida la costumbre del tequio comunal, gozamos poco el de la maquila o todo el que es colectivo, pero no comunitario.

El mexicano es aún un componedor, reparador, vulcanizador, parchador de mercancías. Aún se ponen *medias suelas* y se sustituyen refacciones de las máquinas y automóviles. Los tambores del colchón se reciclan en cercas, las llantas en escalones y columpios, etcétera. Técnicas y materiales se reinterpretan en otros ámbitos, con gran eficacia: arquitectura, mobiliarios, empaques y fertilizantes provienen de desechos —si bien aún estamos lejos de todo lo que podría hacerse, porque también somos recicladores artesanales.

El pudor del cuerpo

El niño, envuelto en un rebozo, comparte el ritmo de la respiración de la madre, los pasos, el balanceo mientras muele el maíz: más tarde, se le carga en hombros, en cangureras, a horcajadas sobre la cadera. O bien se les lleva en carreolas o amarrados en los coches, en sus sillas. Mostramos cercanía física a los niños, en público, sin el menor asomo de conflicto: la represión en público de cualquier niño, en cambio, es siempre mal vista. En muchos lugares de México, sin el menor asomo de sexualidad o de asombro, vemos a las mujeres dar pecho a sus hijos.

La distancia de los cuerpos entre adultos o el contacto físico, siempre se cruza voluntariamente —el metro y los microbuses nos apachurran sin aproximarnos. Nunca tocamos a desconocidos, no nos acercamos más allá de cierta distancia al hablar con otro, a modo de no incomodarlo —a menos que sea a cuchichear y secretearse con un conocido: incluso cruzar tal barrera invisible es muestra de intimidad o amistad. Hasta una mirada de frente, a un desconocido y en un espacio público, es considerada como intrusión en el territorio del otro —o una invitación. La coquetería tienen códigos muy estrictos, que se ejercen en grupos

⁶ José Joaquín Blanco. *Función de Medianoche, Ensayos de literatura cotidiana*.

restringidos —las técnicas del ligue tienen complejas reglamentaciones. Los cariños —en muchos lugares nunca consentidos— se limitan a las parejas que se muestran evidentemente como tales: novios y “parejitas”. El espectador de semejantes arrechuchos disimula, es de mal gusto mirar, desvía la mirada hacia otro lado —igual que al toparse en las calles con la desnudez maquillada de quienes *talonean*.

El piropo requiere de un cómplice que haga relajo y festeje la osadía o ingenio. La mirada lasciva del cuerpo ajeno es violatoria y agresiva.

Nunca halaga a la mujer proviene de un desconocido, a diferencia de la lisonja de algún conocido, que siempre azuza su vanidad. Los atributos de alguien son motivo de comentario a media voz— pero el decoro sigue imperando en público. Recelosos y distantes con los desconocidos, una vez traspasada la barrera se permite el beso de saludo, el abrazo con palmadas de los políticos, el papacho para mostrar afecto.

El recato del cuerpo depende de los climas. Si en la costa todos usan faldas o pantaloncillos cortos y ropas sin mangas —bueno, ya se sabe que el calor provocan licencia en las costumbres. Depende también de las edades y las modas. Las muchachas que enseñan el ombligo en todas las ciudades, protestan ante el piropo y se alarman ante la cercanía de desconocidos: no muestran para provocar, sino porque otra muestra. La moda erotiza y deserotiza simultáneamente al cuerpo, estimula actualmente una extravagancia que no cumple jamás sus promesas. Los atuendos se usan para gustar y mostrar; es indispensable que permitan ser clasificado como miembro de un grupo.

La sexualidad del cuerpo femenino, excepto el de las jóvenes, es negada, ocultada en público, aunque se ejerza en círculos más cerrados. La mujer es madre o es virgen, debe respetársele si es ajena o cumplírsele si es propia. Venerada y devaluada: aunque las costumbres en este sentido han cambiado mucho, prevalece lo convencional, si bien en las ciudades los jóvenes transforman permanentemente la moda y reclaman el manejo de su desparpajo o pudor de distintas maneras: y son el grupo de edad más numeroso de la nación.

Glotonería y antojo

Somos glotones, guzgos y antojadizos. En cualquier rincón de la nación hay comidas callejeras o golosinas que aplacan el hambre y se comen de pie, agachándose hacia enfrente para que no escurran sobre la ropa. Nos detenemos sobre todo ante lo dulce, lo agrio, lo picoso —en ningún lugar se consume tal variedad de *chamois*, tamarindos, o chile en polvo. Somos garnacheros y nos hemos convertido en un pueblo de gordos —mal nutridos ocultos, pues la gordura y el apetito siempre se han asociado con la salud: el enfermito *ya come*— y tenemos una categoría de alimentos llamada “antojitos”.

Todo sobre una base de maíz; planta domesticada e inventada por el hombre mexicano. Molido, fermentado, tostado, o hervido, nos acompaña desde siempre. Miel, aceite, forraje, harina, cercas, flautas... todo eso proviene de una sola planta.

Las mil y un fritangas engañan o sacian el hambre en cada esquina, donde se venden los más inusuales o comunes tentempiés a cualquier transeúnte.

Un puesto de golosinas en Oaxaca incluye piedrazas, pan frito remojado en vinagre de chile pasilla, gajos de pomelo con sal de gusano enchilada, nanches y ciruelas verdes curtidas en alcohol de caña.

En Nayarit, el tesgüino y el tepache son refrescos salados.

Y en Guadalajara, además de tortas ahogadas, se pueden comer cocteles de mariscos calientes.

Maniqueísmo: amigos y enemigos

Todas las culturas incluyen criterios que permiten identificar lo propio y excluir lo ajeno. Toda movilidad social en México, es vista como traición a los semejantes —si es ascendente— y de derrota o fracaso resentido, si conserva o retorna al lugar o las tradiciones de donde proviene. Cambiar de grupo parece implicar siempre el sacrificio de aquello que se “había superado”. Por eso resultan tan difíciles de conciliar la tradición y el progreso, si se considera la historia como una única línea ascendente, siempre codificada por los recursos disponibles. La inclusión en la clase, colonia, banda o grupo implican la renuncia a todo lo que antes permitió la pertenencia a otro grupo. Somos, en este sentido, discriminadores, racistas, excluyentes, clasista y poco tolerantes. La cultura del otro se somete o se usurpa, pero no existe a medias

tintas: para ser burgués hay que dejar de ser proletario, para ser de la clase media debe dejarse de ser indígena, para ser chavo hay que dejar de ser niño, para ser urbano, debe dejarse de ser campesino. Toda identificación, en algún grado, se construye a partir de la exclusión del otro.

Una vez definida una identidad y pertenencia, no sólo se excluye lo diferente sino que se le considera enemigo. Se arremete en su contra antes de que ataque, aunque no amenace. Los grupos marginan lo que no se les parece, y hasta parecen fortalecerse a través del rechazo: de otra generación, de otro equipo, de otra banda. Y también se envidia lo que supone que el otro tiene o ejerce: dinero, cultura, poder. El mexicano interpreta emocionalmente al entorno: está en su contra o a su favor.

Cuando se relaciona en grupo —los individuos son siempre diferentes de los grupos— es sentencioso e impositivo de su verdad, rara vez es negociador o mediador, no muestra tolerancia ni hospitalidad con el distinto. En cambio es solidario a ultranza con iguales y amigos: de partido, equipo, barrio, pueblo, credo, clase o sexo.

Dignos y humildes

Nuestra dignidad responde rápido a la ofensa y el agravio; antes que responder con agresión, se responde con desdén: el orgullo que ignora. No aceptamos el ninguneo, pero evitamos la confrontación —de la que podríamos no salir bien librados— levantamos la cabeza despreciando al ofensor, como la zorra ante las uvas verdes. Somos sensibles *como jarritos de Tlaquepaque* y susceptibles: concedemos demasiada importancia al reconocimiento del otro. Rumiamos respuestas rencorosas a destiempo y el *tú te lo pierdes* es la reacción inmediata a la crítica o el cuestionamiento, que nunca suponemos de buena fe —pues no suele serlo.

Si no nos pican la cresta, tenemos medida, medio tono, discreción. Dejados a nuestra cuenta, a solas, nos ganan la humildad y la resignación ante los obstáculos, el *ya estaría de Dios* y la justificación que antecede aún el juicio del prójimo, que antes de pronunciarse recibe la advertencia de cómo ha de hacerlo. En cambio, provocados, respondemos con altanería o violencia, retadores: no somos *dejados*.

Machos o agachonas

A sangre y flor el pueblo mexicano ha vivido.
Vive de sangre y flor su recuerdo y su olvido
Carlos Pellicer⁷

El mexicano es valiente, arrojado, temerario. Ante todo, no hay que *rajarse*, ni apocarse frente al otro. Los estudios de género demuestran que el machismo se cuenta entre las primeras causas de muerte entre los mexicanos adultos jóvenes, pues es causante de casi todas las muertes violentas: en accidentes, por riñas, por temeridad mal calculada. Los machos no lloran: pero les gana la *chipilera* y vuelven quejumbrosos a sus madres o mujeres donde se les recuerda el valor de la templanza y se desdeña el lloriqueo. Nuevamente, a la primera cerveza les da la *querendona* y el papacho. Las mujeres, en cambio, deben ser aguantadoras y discretas, solidarias y sumisas. Las mujeres, descritas por estos machos, son débiles, dependientes, metiches y chismosas —son los hombres quienes se ocupan de cosas serias. Aunque suele grotesco, estos arquetipos persisten, más o menos introyectados, y matizan las relaciones entre los sexos. Pero el panorama cambia: la incursión de las mujeres al trabajo asalariado, apenas hace una generación, ha quitado al hombre su ancestral papel de único proveedor y ha movido, irreversiblemente, los roles y de cada género —y su visión del otro.

Soledad y compadrazgo

"La máscara es nuestro signo", dice Octavio Paz. Nos caracterizan el disimulo contenido, la simulación. El mexicano no desnuda el alma ante otro, nunca muestra su fragilidad, no se abre para no ser penetrado. Hay una imposibilidad de abrirse y ser, excepto en las explosiones colectivas de fraternidad y solidaridad, donde su compostura, más que resolverse, se desgarra. Nunca se enuncia, todo se grita.⁸

⁷ Carlos Pellicer, "Discurso por las flores".
⁸ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, 1950.

La simulación pública en la política y el engaño en el lenguaje para protegerse de algún presunto adversario crean una máscara que al fin queda adherida a la piel. El mexicano, tras su máscara. Vive en laberintos de soledad. Esta soledad es urbana; la del hombre del campo o la del indígena solamente se sufre durante en el trabajo: en la milpa, la pesca, la caza —e incluso el trabajo a solas es inusitado. Las comunidades están solas —en el sentido del desamparo, del olvido del resto de la nación— pero en su interior nadie puede ni se debe estar solo: el menor apartamiento es motivo de mortificación: “¿por qué tan triste?” Una corteza individualista nos encierra en la soledad, impide la amistad, la camaradería, la confianza real con el otro —o hacen de ella mero simulacro, un uso. Nos vuelve discretos y respetuosos de la intimidad ajena, y en realidad es defensa de la propia.

Pero también somos metiches. El menor accidente o altercado reúne a docenas de intérpretes, da lugar a versiones de lo ocurrido, separa en versiones a quienes deciden quién tuvo la culpa del accidente o narran como sucedió este quiebre de la normalidad.

La adhesión elegida y la conveniencia crean el compadrazgo como contrapartida de la desconfianza. Mi compadre es mi espejo, mi otro yo, quien nunca me desenmascara —aunque no me crea—, el que me sabe sin amenazarme, mi cómplice y mi aliado, porque ha comprometido en nuestro pacto sus propias carencias y fallas.

Maestría y noviciado, corruptelas, solapamiento, *meter el hombro*, *guardar la espalda*, *saber el modo*, *echar la mano*, aliarse y compartir complicidades incondicionalmente son las ofertas del compadrazgo —el otro que me avala, compra mi fidelidad. Nunca —jamás— hay que rajarse: *hoy por ti, mañana por mí*.

La respuesta colectiva a los problemas es escasa, la mayor parte de las veces como exabrupto, pues tanto el individualismo como el compadrazgo impiden la organización, las metas determinadas o estrategias comunes preestalecidas. Las circunstancias pesan: por eso todo movimiento reivindicativo puede disolverse en facciones y las negociaciones particulares pueden quebrar la solidaridad gremial.

La soledad existe como resguardo pero también como lugar que se rehúye. A la menor provocación el mexicano sale, invita, evade; es fiestero y borracho. Tránsfugo de lo cotidiano, la *chorcha* y el festejo es el único lugar donde es otro —o él mismo, con otra faceta. La cruda y la culpa se consuelan en el espacio doméstico donde el trasnochador se aburre, confronta sus fallas y carencias, intenta enfrentar el difícil trajinar de la responsabilidad —cuyo peso lo vuelve a expulsar hacia la pachanga y el desmán.

Pasional

Dejarse llevar por las pasiones; no pensar, seguir el instinto —porque las emociones nos suceden, como los chubascos: nos agarran, nos empapan. Plegarse a la pasión es la justificación de una respuesta desmedida ante los deseos o el rechazo. Quien es pasional, precisamente, no requiere de razones: la causa y justificación de cualquier consecuencia están, precisamente, en su ausencia de razón fría. La pasión ciega, desquicia, empuja y arrebat. En las mujeres, pasa— el machismo pone en duda la razón femenina precisamente porque se dejan llevar por los sentimientos. Sin embargo, los hombres son quienes lo hacen en sus relaciones, la política, las celebraciones —tienen respuestas exageradas ante el error, aunque nunca conllevan culpa si sus crímenes o fallas fueron pasionales: no podían contenerse, la pasión no es cuestionable.

En el otro polo encontramos el valemadrismo y el frío cálculo, que los pasionales desdeñan. Tenemos *sangre de atole* o *sangre enfebrecida*: el más sensato pierde pie, pero el más apasionado, es cierto, se enfria.

Las letras de canciones son el panegírico de la pasión amorosa. Para cortejar y halagar están el bolero y la balada; para el azote y el abandono, la ingratitud y desquite tenemos la canción ranchera. En ambas, la auto conmisericordia y los sentimientos incontenibles.

Aunque la alabanza y la pasión por el terruño son la tónica en los géneros más locales —las chilenas de Costa Chica, la canción yucateca, las versadas huastecas—, nuestra música popular es un largo adiós, un desprendimiento de los brazos de la ingrata, malhora y *mancornadora*. Nuevas canciones de reivindicación

femenina, como las de Paquita la del barrio y otras cuantas, son igualmente sexistas, pero a la inversa.

La pasión es atenuante de crímenes, explicación de estropicios, acicate de la acción, pretexto para lo injustificable: ofusca, arremete, domina —y nos da sabor a la intensidad del sentimiento, e incentivo para la acción.

Religioso y supersticioso

Guadaluapano fervoroso, el festejo y la devoción católicos son los más visibles. La Virgen es amparo, consuelo, escudo y emblema. Otros credos se distinguen por otras características —su disidencia, su ostentación, su ortodoxia, su recato. El sincretismo originario de la primera evangelización sigue vigente. Cristo es identifica con el sol en las celebraciones indígenas, se le cura y limpia para que reviva; en muchas navidades se acuesta el niño, se le arrulla y se le cambian los pañales. A las antiguas heterodoxias, añadimos santos humanizados para fines particulares e ídolos santificados: Malverde, es santo de ladrones y narcos; al niño de Tacuba se le reza desde 1986 para ganar los mundiales de fútbol. San Antonio se pone de cabeza para casarse. San Ramón con una moneda en la boca protege de los chismes, hay imágenes para la buena muerte y el parto rápido,. San Judas es señor de las causas imposibles. La Santa Muerte esconde a los delincuentes —y así sucesivamente.

A la voz de una cruz parlante se desató Guerra de Castas que dio origen al estado de Quintana Roo, o se levantaron los indígenas de Chiapas hace dos siglos. En el siglo XX, nuestra última revolución armada se levantó al grito de “¡Viva Cristo Rey!”. La Independencia y la Revolución marcharon tras estandartes de la imagen de la virgen de Guadalupe.

Grandes festividades y devociones privadas, marchas y peregrinaciones a santuarios, ciclos festivos y hasta vacaciones escolares se rigen por el calendario litúrgico cristiano.

Además de las fe institucional, el mexicano tiene una confianza supersticiosa en lo “desconocido”. Cada uno tiene anécdotas de cosas en las que él mismo supone no debe creer, pero ocurrió. Algo “inexplicable” le consta: aparecidos y nagueles, enfermeras o muchachas que piden aventón en la carretera, fantasmas en casas donde se mueven cosas de sitios son constatados por los más escépticos. El

mexicano espera con inocencia los *ovnis*, el fin de mundo en el año dos mil, las profecías pseudomayas para el 2012; tiene fe en la energía del equinoccio sobre una pirámide o en las limpias y los trabajos, como antes creyó en el Niño Fidencio, ahora se persigna ante la aparición milagrosa de la virgen del Metro. Todos tenemos medallas, cruzamos los dedo, tocamos madera, o prendemos y apagamos veladoras –así sea mentales. Su versión laica y moderna son los libros de autoayuda y remedios mágicos para toda clase de dolencia. Pajaritos, amuletos y puestos de polvos y yerbas de los mercados son su expresión urbana popular. Naguales, gente que enferma y muere por *trabajo* de algún brujo son la contrapartida provinciana, rural e indígena.

En igual rango de fe ciega están la depositada en el político, las causas, las influencias: la idealización de los héroes, la patria y la historia; la confianza inquebrantable en el progreso, la ciencia y la educación –nos salvarán de nuestra condición actual; la certeza de que nuestro sacrificio –la fe misma– será recompensado.

El mexicano y la muerte

El pueblo mexicano tiene dos obsesiones:
El gusto por la muerte y el amor por las flores.
Carlos Pellicer⁹

La separación entre los vivos y los muertos es total e insalvable. Las reglas del trato entre ambos, en todas las sociedades, son muy estrictas. Las restricciones en el manejo de los cadáveres, los entierros y las celebraciones fúnebres están puntualmente codificados. Entre los mexicanos, los espíritus de los muertos tienen venia para regresar un sólo día donde les es dado encontrarse con los vivos. Cualquier difunto que regresa fuera de ese lapso es peligrosísimo: mata, enferma, espanta. No se trata ya de un deudo querido sino de un alma en pena, cobrando deudas desde ultratumba o exigiendo el cumplimiento de promesas pendientes.

La concepción de la muerte de los mexicanos es clara: los antepasados son reverenciados, invocados como protectores, aliados de los vivos –pero el trato

⁹ Pellicer, “Discurso por las flores”.

con los muertos, su burla o manipulación son impensables sin que exista una ceremonia de por medio.

Muchos autores han escrito acerca de la familiaridad de los mexicanos con la muerte; pero hay una gran diferencia entre el muerto y la muerte; entre un altar indígena y la oficialización y difusión artificial de los altares de muertos, que ha desvirtuado completamente su significado.

Antiguamente, además de las múltiples ceremonias que se hacían y se hacen aún para encaminar a los difuntos al reino de los muertos, en el día cuarto de la veintena *quecholli* se visitaba el panteón y se les ofrendaban tamales dulces, se les encendían teas.

El *tzompantli* exhibía las calaveras de los enemigos sacrificados; permitía a los guerreros apoderarse del alma y fuerza de sus víctimas. El mal interpretado desdén por la muerte no es sino la constatación de su proximidad. La Conquista fue un desastre de dimensiones demográficas catastróficas. El país casi se despobló, la muerte era familiar —eso permitió incorporar la iconografía medieval a la ya existente. Largos años de guerras marcan nuestros primeros pasos como nación; la Revolución —aunque parezca lejana— dejó en nuestro territorio una estela de sangre que aún no logra diluirse. Más de la décima parte de los pobladores pereció entre 1910 y 1921. La presencia de la muerte y la amenaza de nuevas contiendas se ciernen sobre nuestros cielos.

La vida no vale nada como actitud y retar a la muerte, son más bien un arquetipo de película que una actitud real. La muerte como calaca —que no como deudo— puede ser, en cambio, motivo de vacilón o de relajo —y lo es. En los altares y ofrendas urbanas proliferan las imágenes chuscas de la muerte. La muerte parrandera, la que se ve en las figuritas con distintos oficios, la que lleva nuestro nombre pegado sobre la frente. La mofa y el escarnio comestible o efímera de las calacas de azúcar o cartón permiten la trivialización de la muerte. De los crespones negros y el duelo se pasa a la feria y la celebración. El mismo morbo alienta a las personas a ver los fenómenos de las ferias, los departamentos de Teratología de los primeros museos o a visitar las momias de Guanajuato y de San Ángel.

Para entender mejor la peculiar relación del mexicano con la muerte, basta una ojeada a su poesía: no hay autor que no la roce, la trate, la conjure o la lllore en sus líneas, a lo largo de toda nuestra historia literaria.

Rebelde o sumiso

Se nos da más el rezongo que la crítica. La maledicencia y el encono que postergan la rebeldía. *No hay que dejarse* conviven con la sumisión, la esperanza de sacar el bulto. ¿Para que enfrentarse, si a la larga uno logra colarse? El mexicano nunca se conforma, aunque ceda. Es rencoroso y es necio: está siempre en contra, a la sorda, cuchillito de palo, no quita el dedo del renglón. Bronco cuando se le provoca, el mexicano es agachón ante la autoridad si no está en grupo. Es, sobre todo, aguantador, como el sistema donde vive. El aparato digestivo del sistema todo se incorpora, se voltea para su propio provecho; cuando creemos que ya no va a tolerar, resurge, tan campante —y olvida. Igual nosotros: tenemos una capacidad de tolerancia y aguante inusitados: *va de nuez la chafez*, se apagó la luz, se cayó el sistema, se desbordó el río, *ya tocaba*. Tantas protestas —ironía, choteo, rezongo o crítica, lucha legítima— se desgañitan en vano: el berrinche del ciudadano y del pueblo son tolerados con serenidad de padre sabio.

El cansancio, combinado con el olvido, llevan al silencio y la resignación. Tras las elecciones, soy mero testigo, y nunca actor —excepto si *pego chicle*. Consumidores sumisos de la televisión, las instituciones, la corrupción, las noticias.

Resentido o reivindicador, con mayor o menor eficacia, aguantador, desmemoriado —la capacidad para tragárselo todo, apechugar, imitar a un sistema onmívoro, omnipresente —soportar tantito más la situación, para vivir al día.

El mexicano optimista tiene fe en que el futuro mejore. Espera. Cree en ídolos y hombres poderosos salidos de la nada, que con su pura voluntad llegaron a la cima. Forma parte de los idólatras, *fans* y *grupis* de personajes reales o prefabricados. Se sacrifica con la esperanza de llegar a ser, es emprendedor o escalador, logrará sus metas, con esfuerzo o por lambisconería: *ya la hice*.

El pesimista es suspicaz y desconfiado, lo marca el escepticismo: nada cambiará, haga lo que haga.

Piramidal

El mexicano ha aprendido a vivir en una sociedad piramidal. Ni natural ni dócilmente, aprende desde el seno del hogar a acata las jerarquías, aunque no las acepte; allí se aprende a reconocer, tratar y manipular el poder. Podemos obedecer o subvertir, transgredir o imponer, *patear el pesebre* o halagar al que está por encima, negociar o apartarnos. Siempre hay alguien atrás y alguien delante, uno abajo y otro arriba —y siempre la pirámide en la perspectiva próxima.

Hay codicia por el poder, la riqueza, los privilegios: llegar a la meta no la colma —la sed de control es insaciable.

Retobados y rebeldes, con rezongo y protesta, fastidiando al semejante o al de abajo, quedando bien con el de arriba, lineándose o alebrestándose ante la autoridad —padre, estado, patrón o macho— allí seguimos... la jerarquía piramidal parece inamovible.

El paternalismo, requiere el acatamiento del más débil: lo tiene. El poderoso celebra la dependencia, el fingimiento y la imitación. La transa es la hermana pequeña de la corrupción y las prebendas se reparten según el lugar que se ocupe en la pirámide. El buen gusto, el curriculum, las buenas maneras sombrean, interpretan protegen a quienes están por debajo ellas. La ostentación y el arremedo de lo que se tiene imperan en las clases medias —la finta del propio ser se vuelve en el propio ser. Ante todo, no hay que perder figura, no hay que exponerse al qué dirán. Personalista, *cada quien para su santo*, el escalador más desconfiado debe contar con la ayuda de un aliado o de un superior. El de arriba depende de los otros, echa la mano, patrocina, promueve. Es, en cambio, incapaz de aceptar autonomía de quienes se niegan a ser como ellos, a participar en sus instituciones: la negativa a ser protegidos por las cúpulas los convierten en un peligro de separatismo, de subversión antipatriótica. La bondad de lo que se inventa arriba de la pirámide es incuestionable y toda resistencia una declaración de guerra a muerte en su contra.

Todas los sistemas piramidales permiten cuestionarlos roles, siempre que nos se ponga en entredicho la estructura misma.

Del *qué* es el mexicano pasamos al *cómo* es. Una cultura incluye todo aquello que, creado por el hombre, formará su identidad como miembro de una colectividad; es la respuesta a necesidades materiales y espirituales e incluye las concepción de la vida, la naturaleza, la sociedad y el hombre mismo. Ciencias y técnicas, sistemas simbólicos, arte y creación, normas y hábitos; lengua, concepciones del tiempo y del espacio, de la vida y sus orígenes, religiones, códigos de conducta, valores, celebraciones y creaciones artísticas son parte de las culturas. Gusto, tacto, vista, olfato y oído responden a la cultura: qué es bello, sabroso, sano, útil, permitido, placentero son dados culturalmente; visiones del pasado y del futuro, del desarrollo y etapas de la vida, actitudes ante la muerte, el nacimiento o la infancia, relaciones con otras culturas y la visión del otro también forman parte de ella.¹⁰ La cultura, así definida, es semejante a las cosmovisiones, mentalidades e identidades y no solamente a las producciones artísticas. Las culturas se sustentan en la tradición y la transmiten a lo largo de periodos muy dilatados de tiempo; y la tradición está conformada tanto por la permanencia y como por la movilidad. Quienes forman parte de una cultura son siempre sus portadores, sus usuarios, sus transmisores y guardianes. La cultura nunca es totalmente consciente, nunca es única –pero determina esferas de identificación con lo semejante y de interacción con lo diferente. Cada cultura determina su apertura o clausura ante otras, las esferas donde se podrá dar la relación y de allí derivan –nunca de manera uniforme– las mezclas, apropiaciones, choques o resistencias culturales.

El mexicano comparte –conciente e inconcientemente– diversas tradiciones, sin ajustarse nunca a una sola. Los hábitos y costumbres se adquieren en familia. Allí se inculcan a los niños los modelos de conductas deseables, que correspondan a las expectativas propias de la familia: se les enseña lo que se considera correcto y lo pertinente hasta que su comportamiento se ajuste a un modelo adecuado: modales y hábitos; lenguaje, un sentido del gusto distintivo que le permiten compartir la vida familiar.

¹⁰ Definición de cultura a partir de la antropología.

La repetición norma las conductas hasta que éstas reproducen, de manera automática e inconciente, la aprobación o el rechazo que la familia ante ciertas conductas.

¿A quién incluye el nosotros, cuando hablamos en plural? Además de ser mexicano pertenezco a una región, tengo una historia personal formada por los recuerdos, lenguaje, preferencias que se verán reforzados por la comunidad y el entorno próximo donde se establecen relaciones y praxis directas: la escuela, el barrio, los amigos, los grupos con los quienes se comparte la cotidianidad. Repetidos de generación en generación, las conductas y hábitos se vuelven tradiciones: su origen se desconoce y se trata de acciones y reacciones que permiten la identificación con la comunidad y su historia —donde se consideradas naturales, heredadas de tiempos lejanos, distintivas y dignas de conservarse (o de impugnarse).

La familia es el microcosmos donde se reproduce el futuro de todos los niños. Las normas allí aprendidas marcan una forma de relacionarse consigo mismo — con la propia imagen—, con el mundo más próximo y con el distante o ajeno. Como ya hemos dicho, las identidades no son únicas y muchas veces son solo visibles en un lugar y espacios determinados, para identificarme o ejercer una peculiaridad —como joven, como mujer, como obrero, como empresario, como anciano, como parte de un equipo, etcétera. Lo que en un principio es impuesto, por haber nacido en el seno de una familia, será sustituido más tarde por asociaciones voluntarias que serán fruto de cuanto se aprendió tempranamente. *Infancia es destino*.¹¹ La diferencia de edad influye en todas las etapas. Conforme la vida avanza, la capacidad de elegir de los niños se incrementa. Por fin, la afiliación o rechazo a una de las subculturas o identidades depende de cada persona, pero los referentes primeros ya están dados. Aunque se ignore la tradición que subyace tras una conducta aparentemente libre, muchas acciones se siguen realizando *porque así se acostumbra*: llevar a los niños vestidos de “inditos” en Corpus a la iglesia, celebrar los quince años, cruzar los dedos para tener suerte, usar el rebozo terciado, perforar las orejas a las niñas.

¹¹ Frase acuñada por Santiago Ramírez, que titula uno de sus libros.

Todos los rasgos de carácter que mencionamos antes serían una generalización absurda si no nos asomamos a la vida cotidiana de las diferentes identidades, sus tradiciones y sus celebraciones particulares.

Cada uno de los grupos de identidad comparte un espacio y una praxis colectiva, un cúmulo de recuerdos y anécdotas, de lenguajes codificados y los lugares comunes específicos del grupo, apego y solidaridad con aquello que lo define y las tradiciones que les son propias. Sigue siendo fanfarrón o tímido, desconfiado o generoso, pendenciero o sumiso, rebelde o resignado.

El cambio de las tradiciones asume diferentes ritmos en distintos lugares. Aún suponiendo que estemos expuestos por igual a las influencias que nos desarraigan de las tradiciones, hay espacios geográficos o parcelas anímicas donde cambian más lentamente: un atuendo y una moda puede sustituirse con más facilidad que las relaciones autoritarias aprendidas en la familia; puede saltarse la participación en las fiestas sin modificar en absoluto los umbrales de resistencia al dolor; la golosina puede cambiar de forma, empaque y el antojo y el gusto mantenerse inalterables. Más que un proceso lineal, o una carrera unidireccional sobre la recta del progreso, la historia es un tejido: hay mezclas, adelantos, retrocesos, nuevos diseños sobre la trama, persistencias que sorprenden. Una tradición a contrapelo es a veces más violenta que muchas innovaciones —que lo digan si no los diferentes movimientos religiosos o étnicos—, lleva dentro de sí la promesa de que las cosas podrían ser como quisiéramos que hubieran sido. No puede decirse, actualmente, que haya una cultura mestiza rural que no contenga rasgos indígenas, o que no haya culturas indígenas que no incluyan dentro de su seno un enorme caudal de cultura externa. La explicación de una ruptura inicial en la historia no basta. Y todas las culturas están teñidos por los elementos que brinda el desarrollo: televisión, educación, imposición de modelos. No hay fronteras claras entre las culturas, la pureza es una nostalgia que enfrentamos de diversas maneras, en todos los tiempos se ha dicho que las cosas ya no son como antes. La memoria convive con la amnesia y ambas son formas de sobrevivencia, de permanencia. Los canales de información entre los grupos son abiertos, el contacto permanente y la contaminación, la apropiación e imitación, la contradicción y usurpación de las

tradiciones es constante entre los grupos, según sus propios códigos de tolerancia o marginación —de sus márgenes de endogamia o exogamia. Este caldo de cultivo nunca es cerrado: se zonifica por clases, regiones, edades pero constantemente se quiebran sus fronteras, se negocian equivalencias. Cada cual es muchos cada cuales, la movilidad, el préstamo de un conjunto de valores, actitudes en una convivencia plural que no se pueden enseñar, rescatar ni cercar —cuando mucho se podrían valorar y respetar. Nada más impenetrable y frágil a la vez que las tradiciones, que inmovilizadas se vuelven exotismo. Libros de textos, medidas oficiales que decretan un modelo y medios de difusión que favorecen como estereotipo el modelo de costumbres de la clase media urbana y añoran aquellas tradiciones *ancestrales* las separan de su contexto, por eso resultan solamente folclóricas y ramplonas.

Entre azul y medias noches.

Modas, tradiciones, gustos y reafirmación en la colectividad más próxima siempre están determinadas por una estructura jerárquica y piramidal.

En los polos, a lo largo de la historia, encontramos al pelado y el decente, los nacos y la alta, al lépero, payo, naco, o plebe frente al catrín, apretado, fresa o *yupí*. En medio, pollos y petimetres, clase medieros tránsfugas que sustituyen la pertenencia por la simulación y que, muchas veces, llegan a colarse.

Tener o ejercer el poder son indispensable para estar en lo alto de la jerarquía piramidal. La cercanía y trato entre los estratos pueden ser de *igualado* o de *alivianado*; se trata al que tiene menos con menosprecio o se le *da chance*. La pirámide admite transgresiones, solidaridades y flujos.

Los propietarios de la patria, los recursos y los espacios privilegiados expulsan, dan migajas, protegen, ayudan, comparten, se preocupan o conmiseran y rigen sobre los demás. Clases y estratos son determinantes para la consagración, definición, valoración, satanización o vulgarización de las costumbres y tradiciones.

La buena casta es ejemplar y por eso debe ser visible. El buen gusto, los recursos y la credibilidad permitirán el rescate y la educación de todas las

demás clases. Por eso se reseña a la alta: véanos y acátenos, parecen decir las revistas y periódicos. Mostrarse en la revista *Hola* o secciones de sociales, mostrarlos en *Alarma*, la nota roja o las estadísticas.

El que nace donde hay *la hace* por derechos de nacimiento. De allí que la clase media busque ponerse donde ellos están y su confianza en las recomendaciones y palancas, aunados a los méritos. Las clases altas son imitadas y los medios promueven el consumismo que privilegia las esperanzas personales sobre las comunitarias. Para la cultura *culta*, la cultura popular pasó de ser un esnobismo a convertirse en una necesidad histórica que justifica su posición: desde la piedad cristiana hasta su amor por el bolero y Lara, la apropiación orgullosa del pasado prehispánico —aunque los indígenas contemporáneos se vuelvan invisibles ante su mirada indiferente—, sus atuendos artesanales, su antojo de chiles rellenos, sus *mexican ways* sean una mezcla singular y sibarita del pudiente globalizado y del adinerado nacional.

Las élites y el Estado abrevan de las tradiciones de otras clases y las convierten en emblemas de su propia historia descontextualizándolas y masificándolas, lo cual hace que circulen y vuelvan a sus lugares de origen, vía satélite, para transformarse nuevamente en cultura popular. De allí que historia, costumbres y tradiciones, a lo largo del último siglo, se conviertan también en espectáculo.

La clase media es competitiva, escaladora, *gandalla*: cree aún que va de llegue, aunque tenga que cumplir un noviciado que nunca termina. Es arribista para obtener lo que la decencia exige, para contrarrestar el qué dirán, para justificar la aspiración por escalar. La curricular es una variante ilustrada de la movilidad social.

En el interregno, sin el alma antigua y sin la recompensa esperada, en el puro desarraigo, sin tradición y sin futuro, entre aspiraciones ilimitadas y posibilidades restringidas, la clase media y los pobres —aún no clasificados como pobreza extrema—, los que aún piensan que se puede. Bregan y pierden, constituyen las grandes masas que habitan en este país, y en otros. Consumidores pobres de un sistema que nos iguala, perdemos toda posibilidad de ser diferentes sin haber accedido nunca a la de ser iguales.

La familia

La familia en México es diversa y se ha modificado sustancialmente a lo largo de las últimas décadas, aunque no ha perdido su importancia como matriz cultural. Las formas de fundar un hogar, permanecer en él, o separarse son también muy diversas. Cualesquiera que sea su forma, la familia es el centro generador de hábitos, la practicante de las costumbres y la celadora de las tradiciones.

Según el último censo, la familia nuclear era la dominante a fin de siglo: una pareja con hijos. Más del 70% de las familias pertenece a esa categoría. Pero cada vez son más frecuentes, dentro de las familias nucleares, las monoparentales: es decir, aquella donde vive solamente uno de los padres con los hijos —generalmente la madre. También se ha incrementado el número de familias sin hijos y el número de hijos, en general, ha disminuido —en las ciudades más que en el campo.

La familia extensa es la que le sigue en frecuencia: incluye a más de dos generaciones: padres, hijos casados, abuelos, nietos sin padre, miembros solteros o viudos.

Las personas que viven solas son inusitadas en el medio rural e indígena, donde las condiciones de vida requieren de la vida familiar. Los hogares unipersonales casi siempre son urbanos. El fenómeno de un adulto mayor viviendo solo o en una residencia les parece una aberración a los habitantes de una familia extensa. Las familias compuestas por varias personas no emparentados entre sí, también son escasas.

La parentela, en cambio, no necesariamente vive junta —ni en el campo ni en la ciudad— y sus miembros se cuentan casi siempre por docenas. Estas personas no solamente comparten un apellido, sino también un acerbo común de anécdotas, un lenguaje común —sobrentendidos y modismos privados— rivalidades y competencias dentro de dosis aceptables, disidentes y ausentes que ha sobrepasado ese límite y reuniones esporádicas —además de las bodas, bautizos y velorios— donde no celebran sino su existencia como tribu. Todos las rehúyen por principio y terminan disfrutándolas, pues se confirman allí sus aversiones y filiaciones.

El amor

Antes de seleccionar al futuro cónyuge, entran en juego normas preestablecidas de aceptación o rechazo –más o menos estrictas– que se reflejan en la apertura o cerrazón al elegirlo y aceptarlo: la endogamia y la exogamia son parte de cada identidad cultural, determinan de antemano el gusto y las preferencias de los interesados: sea por afán de contradecir o por acatamiento inconciente.

En los círculos más cerrados –entre las clases altas, o en algunas comunidades indígenas– las novias son pedidas y la boda es un contrato que involucra negociaciones, rituales, regalos y dotes más o menos explícitos. Muchas comunidades tiene pedidores, especializados en convencer, seducir y negociar con los padres a la muchacha elegida, por encargo del futuro suegro. Si bien ya son pocos los casos donde se elige a la novia desde niña o se le negocia sin su consentimiento, aún existe esa modalidad de pedimento. La Ley de Mujeres, decretada hace una década en Chiapas, incluye una cláusula donde se especifica que ninguna mujer será casada en contra de su voluntad. Otra cláusula decreta que tendrán los hijos que deseen y cuando ellas lo decidan.

Las bodas en muchas comunidades indígenas no implican un noviazgo. El contacto entre solteros y solteras es prohibido y, en general, los futuros esposos –cuyas familias se conocen y ya acordaron estas formalidades– carecen de ideas románticas individualizadas. El amor no es una de las razones para casarse sino el siguiente paso, tras la boda: basta gustarse un poco. Las desavenencias son poco usuales, pues se carece de expectativas qué decepcionar. Los roles están perfectamente definidos y su estricto cumplimiento permite la cooperación, solidaridad y amistad que garantizan el funcionamiento de la vida cotidiana: no hay desencanto si no hubo fantasía idílica previa.

La petición ritual de novia, larga y onerosa, ha cedido su lugar al “robo”, que es una decisión personal, no familiar. Ser robada ya es también parte de la tradición de las comunidades y pueblos indígenas: incluidos la anuencia de la robada, el enojo y el perdón de los padres, la boda posterior.

En los ámbitos urbanos –sea cual sea la clase social– el enamoramiento, el cortejo y el noviazgo formal son la etapa de promesas, buenas intenciones, gallos, serenatas, trío –en el balcón, la calle, la mesa de la cantina, o llevando a la novia hasta Garibaldi– se le canta a la amada. Regalos, paseos y salidas, planes crean un sustrato de vivencias comunes, de códigos y recuerdos.

Las variantes van desde la visita formal para anunciar que el novio asume el compromiso, las salidas con chaperones, los noviazgos con la *noviecita santa* que se alargan durante años; hasta la decisión de vivir juntos hasta que se casen, lo cual ya no es mal visto –aunque siempre resulta violento para los padres que, cuando menos formalmente– se ven confrontados con la hija que suponen debe ser pura, virgen y preservadora de la honra familiar.

Los hogares se forman por parejas casadas por las dos leyes, por una sola o por ninguna. En nuestro país la unión libre es un lazo que otorga derechos a los participantes cuando procrean hijos.

Hay libertad para la disolución de los lazos matrimoniales y es cada vez más frecuente. En una sola generación, padres e hijas han aceptado que una divorciada o separada no es “una fracasada” y muchas de las madres reconocen que se quedaron con su esposo no por gusto, sino porque no podían irse. La incorporación masiva de las mujeres al trabajo productivo les dio esa libertad, al menos, a cambio de muchos otros desórdenes que no acaban de ajustarse: ni emocional ni prácticamente.

Los sexos y sus roles

Las muchachas pasan de hijas vírgenes y novias santas a ser madres con una genitalidad siempre disimuladas. Lo que sucede en las recámaras y entre las parejas no son tema que se discuta. No se habla de sexo –aunque se hable y se lea al respecto– es transgresión y de mal gusto sacarlo a la luz. A pesar de que ni mujeres ni hombres hablan de su vida matrimonial, el sexo sí es de plática entre los hombres: el que sucede o sucedió fuera del lazo conyugal, y se supone que nunca tienen (deben tener ni tuvieron) las mujeres.

En México aún existen una doble moral, discriminación y expectativas diferentes según los géneros. Poco importa que las mujeres sean aproximadamente el 35% de la fuerza productiva: se espera aún su sumisión y constantemente se le devalúa – se le despide en caso de embarazo y recibe menos salario que los hombres cuando realizan trabajos iguales. Su jefe será tan autoritario como su padre, su marido y más adelante lo serán sus hijos.

En algunas comunidades, los roles son tan tajantes que es tabú para una mujer huave tocar las redes de pesca de su marido o su padre, y la presencia del

hombre en el fogón, cuando se prepara el tesgüino de las fiestas huicholas, basta para que la fermentación se interrumpa. En las fiestas y la iglesia, los hombres se acomodan de un lado y las mujeres al otro, sirviéndoles la comida primero a ellos, separando las funciones y los cargos de cada uno.

La aceptación de los roles en las ciudades y entornos menos estrictos se ha modificado, pero aún no existe una opción general, abierta y relajada que permita un fluir armónico en las relaciones. El resquebrajamiento existe, pero no llega a resolverse —queda pendiente una forma adecuada de convivencia en pareja y entre padres e hijos: la arbitrariedad, la obediencia ciega y el autoritarismo ya no someten, sólo expulsan. Pero el odio y el miedo a la autoridad ya se han heredado y se reproducen: con mayor o menor violencia, allí siguen.

Se acabó la luna de miel y la pronta llegada del primer hijo parece cimentar a la familia. El modelo anterior de padre proveedor y madres dedicadas a “labores propias de su sexo” está en plena decadencia: es insuficiente, en las condiciones actuales. Pero la fijación de códigos, imágenes y roles de identidad y tradiciones aún es vigente: el hombre aún es celoso pero mujeriego; seductor fuera de la familia e inquisidor dentro; exige acatamiento sin cumplir su parte, es dependiente pero cree merecerse todo; consentidor y autoritario; incuestionable y falible. Las mexicanas sumisas pero chantajistas —se sacrifican pero lo cobran, cada mujer lleva en su seno a Sara García o a la última malvada de las telenovelas— se combinan con las que colaboran en el gasto y se vuelven retobadas, pero sobre sus espaldas —o en su seno— pesan la reproducción de los niños y de los hábitos, el calor, la crianza, la vida diaria: y en ellos cristalizan los conflictos y decadencia del modelo familiar anterior.

En la familia se enseñaba a la hija a ser servil —jamás insumisas— y al hombre a hacerse macho, no llorar, no *rajarse*, no andar de *mandilón*. Una ventana para ver la rapidez y dimensiones del resquebrajamiento de los arreglos matrimoniales es el cine mexicano: ya ni allí somos *Una familia de tantas*.

Las familias siguen siendo jerárquicas; entre muchas existen la complicidad y la colaboración, pero la mayoría viven al día, empeñados, abandonando por igual a los hijos—ambos padres trabajan— que, en el mejor de los casos, quedan en manos

de una nana o una abuela, pues no se ha resuelto institucionalmente el problema de las madres que trabajan –con pareja o sin ella. La idolatría de los mexicanas por sus madres es motivo de chanzas, interpretaciones, celebraciones o irritación. El *porque soy tu madre*, repetido a cada contradicción con los hijos, se desdibuja el 10 de mayo y así, la fantasiosa idealización de la madre se contradice los demás días del calendario. La divinización de la progenitora, cuya sola mención en un altercado da lugar a las más violentas reacciones y ha sido objeto de múltiples estudios, es paralela a la de la novia. *Y en medio de nosotros, mi madre como un Dios...*¹² La *jefecita* en un nicho, con su monumento, su ramo de flores carísimas, su salida a restaurante surgió de una campaña propagandística del periódico *Excelsior* contra las huestes feministas del Sureste en 1922 – apoyada, por supuesto, por una honda y conflictiva relación entre la madre y sus hijos. La cabecita blanca –o la temible suegra– y sus hijas –rivalidad e identificación en pugna– son obsequiadas casi siempre con enseres domésticos (con descuentos apropiados para ese día), que facilitarán sus labores y serán muestra del amor irrestricto, total, absoluto y devoto.

La amistad

¿Quién es mi semejante? ¿Con quién me identifico? ¿A quién llamo mi *cuate*, mi *carnal*?

Amiguero, familiar, querendón. La amistad se da entre pares y, a diferencia de la familia, se elige. La correspondencia es indispensable – a diferencia del amor– y espero que el amigo me de aquello que considero exactamente equivalente a lo que yo le doy: solidaridad a muerte, confianza, complicidad. Cualquier mezquindad será motivo de conflicto. El otro es mi espejo, mi retrato y mi aliado –no hay celos, pero cualquier escamoteo es traición. Los amigos comparten espacios, salidas, filiaciones y léxicos: una misma mesa en la fiesta, la cancha, el vecindario, la escuela, la tertulia, las demás amistades. Se conoce, se sospecha, se desconfía y se chismea de la misma gente.

¹² Manuel Acuña, “Nocturno a Rosario”.

En los hombres los grados de amistad van desde la medida que no necesita declarar su solidaridad por bien sabida hasta la abierta confesión de hermandad, acicateada por el alcohol, que también permite una proximidad corporal, sólo entonces es visible. Los amigos, juntos, echan relajo, fanfarronean, coquetean, bromean —se requieren más de dos, o un público para hacer *chorcha* o tertulia La competencia es constante, pero nunca mortal —a menos que exista la traición o la usurpación— y la inmediatez sin planeación de los encuentros suele ser el modelo: *a’i le caigo* a los lugares compartidos. La pérdida de lugares o rituales—trabajo, casa, barrio— enfrían las amistades de quincena y de banqueta. Capillas, sectores, tertulias requieren fidelidad y entereza: ser amigo es nunca rajarse, empeñarse a muerte, meter la mano al fuego por el otro.

La amistad entre mujeres se refleja mucho más en la acción conjunta, la cooperación, la intimidad y la confianza. También hay rivalidad, aunque con menos violencia y la amistad es comunitaria y casera: echar la mano crea lazos entre vecinas, cuñadas, compañeras de trabajo. La aceptación de la familia o los demás es importante, pues una amistad a contrapelo es cuesta arriba. La amistad entre diferentes sexos es cada vez más común.

El compadrazgo es la formalización de los vínculos de amistad y compromiso. Es una gran responsabilidad, de por vida, un parentesco elegido y asumido de solidaridad.

Los vecinos son tan variables como los entornos. Cercanos en comunidades pequeñas —hasta la opresión—, pero indispensables para subsanar las carencias y necesidades; lejanos en las grandes ciudades —hasta la invisibilidad autista. Los vecinos tiene la cercanía suficiente para convertirse en nuestra conciencia externada: el qué dirán varía desde enfermar de *envidia* hasta la indiferencia ante el secuestro de quien vive a tres casas de distancia. En las vecindades había —o se nos ha hecho creer que hubo— vida comunitaria, cultura de la pobreza.¹³

Colegas de oficina, de trabajo: ventas, tandas, amistades, recelos, ligueros tejen las relaciones entre vecinos.

¹³ Así la llamó Oscar Lewis en *Los hijos de Sánchez*, trabajo antropológico sobre Tepito.

La solidaridad vista en situaciones de emergencia en los barrios, sus chiflidos cuando llegan las patrullas, su manera de parapetarse y burlas a la autoridad son bien distintas a las discordias en los edificios o condominios donde se oye al vecino, pero no se le saluda. Éstos se reúnen solamente en su rol de usuarios o víctimas de servicios comunes.

La amistad, la solidaridad, a la vez que la intimidad transgredida por el chisme —aún hay pláticas de lavadero— dan un papel siempre presente a quienes viven cerca de nosotros en nuestros hábitos.

El paisaje y los patrones de asentamiento

Los patrones de asentamiento determinan no sólo la proximidad y necesidad de la ayuda y la solidaridad de la familia y los vecinos, sino la forma misma de las casas y la distribución de los espacios. El país es ahora más urbano y menos rural, las comunidades tienden a desaparecer, la migración es constante porque el campo ya no da para vivir.

Cercanía y lejanía influyen en la intimidad o en la visibilidad de la vida cotidiana ante los vecinos. En muchas comunidades hay fórmulas para anunciarse antes de llegar a las casas y presentarse ante la puerta de improviso es una enorme descortesía. En Juchitán, por ejemplo, la familia extensa comparte un patio común con o sin pozo, donde confluyen los niños, que van y vienen a su antojo ante la relajada vigilancia de cualquiera de los vecinos o parientes. La designación y distribución de lugares donde viven los animales, dónde almacenar, dormir, comer —bañarse, etcétera, que determinan la solidaridad o lejanía, compromiso o indiferencia.

Los materiales

Las viviendas se construyen de acuerdo a los materiales, gustos y tradiciones del medio. El adobe, la piedra, la paja y la palma, el maguey, la madera y tierra apisonada utilizan exclusivamente los recursos del lugar. Block, varilla, cemento aplanado y teja son universales, independientemente del medio, y un signo de estatus sobre los materiales anteriores. Sigue en la escala el ladrillo y los aplanados. Vidrio, acero y cemento son signo de otro medio y clase, que no deja de usarse en los materiales y las formas tradicionales, reinterpretándolos.

Los espacios son determinantes en la convivencia y hábitos. Las casas con patios interiores encierran la intemperie, el sol, el cielo; a veces, la azotea los suple. Los jardines, macetas y animales viven allí. En las comunidades rurales – carentes de recursos, pero no de espacio, tener o no cercas –así sean de órganos o de otate– separa de quien es más próximo; compartir llaves de agua o caminos al río obliga a negociaciones y cooperación permanentes.

A nadie escapa que tener una sola habitación que comporte toda la familia produce una visión diferente del cuerpo y la intimidad, así como tener o no baños y cocinas, dentro de la casa o separados de ella. El clima influye, también los recursos y, sobre todo, la modalidad de la convivencia particular de cada grupo. Al migrar de los pueblos hacia las ciudades, los recién llegados viven peor y con más gastos: hablando estrictamente de la vivienda.

El adorno y el horror al vacío es generalizado. Toda casa tiene algún ornamento en las paredes y los enseres. La pared más humilde muestra un calendario, un cromó, un recorte –una bandera y un retrato del presidente si es un lugar público, un ídolo de los deportes o de la farándula en caso de los comercios, una encuerada en casi todos los talleres mecánicos.

La sobriedad de los materiales y la fineza del adorno parecen instintivos en las casas rurales. El amontonamiento y el eclecticismo son más bien producto de la pobreza urbana periférica –ostentan aquello que la cultura de masas les permite consumir; poco a poco las posibilidades de elección se amplían y la estética de cuaderno escolar y de cromó de Helguera y sucedáneos son sustituidos por algo más personal. En cualquier casa, casi, hay una maceta con algo verde y flores y algún perro, gato o pajarito.

La reticencia a desprenderse de muchísimas cosas podría deberse a que el mexicano es reparador, pero guarde lo que considera que puede servir luego, es más bien chacharero que previsor. Qué se considera basura y qué puede quedarse en el patio o arrumbarse en un cuarto varía: cualquier cacharro, trapo, papel puede convertirse en maceta, contenedor, amarre, cerca o manera rápida de prender la lumbre.

Cazuelas y guisos

Cuando nacemos, nos regalas notas,

Después, un paraíso de compotas,
Y luego te regalas toda entera
Suave patria, alacena y pajarera.¹⁴

Estufa y fogón son centro de la vida familiar. Aunque la señora no se pare por allí y el hombre no sepa ni hervir agua, la comida convoca y reúne. La mujer campesina se levanta al alba a prender el fuego, trajina todo el día, va a leñar o manda a los hijos a traerla y se acuesta la última —después de sacar el nixtamal, que debe reposar toda la noche. Independientemente de cuántas comidas se hagan al día, si se hacen juntos o separados, si es escasa o si se dispendia, la faena de prepararla es de todos los días, varias veces al día, es agobiante. La cantidad de tiempo que insume en ello la mujer es frecuentemente pasada por alto. Tener una estufa es una ruptura venturosa en la vida de las mujeres más pobres— y de los encargados de traer la leña. El maíz en mil formas, con el frijol y el chile, son la columna vertebral de nuestra dieta. Sopear con tortillas, ahuecar la mano para hacer un taco, calentar la tortilla es algo que cualquier mexicano sabe hacer. En los banquetes y fiestas se añade trabajo, cantidad y variedad a los platos; en las fiestas de muchas comunidades, el reparto de comida y bebida —todos los asistentes llevan canastos y recipientes para recibirla —es parte importante de la fiesta. La preparación y el reparto implica la cooperación: el pago de compromisos, faenas y acuerdos previos entre los ayudantes y los participantes. Las mesas, lugares, orden para servir y espacios de las reuniones para comer implican adorno, intercambio e invitaciones especiales. La comida se presenta y se luce, es celebración en sí. Los instrumentos utilizados en las cocinas son muchas veces ancestrales: no hay cocina, sea cualquiera que sea la latitud o recursos donde no haya madera, barro, piedra y paja (o ixtle y carrizo). Como también es cierto que tampoco hay ninguna donde no haya nailon y plástico. Pero no hay manera de hacer que espume el chocolate sin darle vuelta al molinillo. Las técnicas para preparar la comida también son las mismas de siempre. Aunque se compre el tamal, ha de estar envuelto en hojas —sean de plátano, de maíz o de

¹⁴ López Velarde, "Suave Patria".

maguey. No hay puchero sin recaudo, nixtamal sin remojo –así de cal o de concha–, ni mole que no lleve chile.

Algunos alimentos, muy pocos, siguen siendo estacionales o consumiéndose en fechas especiales: frutas, hongos, pescado, dulces. Otros, que solían ser específicos de un lugar: gorditas de la Villa, queso de Chihuahua o de Oaxaca, camotes de Puebla, café de Coatepec, bisquets de chino, han expandido sus mercados y se encuentran en fuera de sus primeras fronteras.

Hay algunas creencias raras en las cocinas: hay que bailarle a los tamales para que se cuezan bien; no suben las claras si la que bate está embarazada; si se reza un Credo los huevos tibios estarán en su punto perfecto. La leña, es bien sabido, anuncia visitas cuando chifla o cambios de clima cuando humea en una dirección determinada.

Mercado, tianguis y súper

Somos consumidores y consumistas. Nunca tenemos cuanto deseamos: por avidez o por carencia. La manera de comprar y guardar bienes es parte de nuestra cultura. Cambiamos la comodidad de adquirir todo en el súper o tiendas mixtas en las ciudades, donde el tiempo es el gran tirano, por el gusto del regateo –no importa cuánto se rebaje, sino participar en la negociación–, la relación personal con un marchante, el ruido de los pregones –*lléVELO güerita*– por la música anodina que se escucha en los pasillos con carritos. Ir con calma, comprar de a poquitos, hablar, tocar, caminar entre los estallido de colores y antojos, entretenerse son lujo que debe robarse al trabajo cotidiano para entregarlo al tianguis, el mercado sobre ruedas o la plaza. Es también necesidad, si no hay posibilidades de almacenar, privilegio si el lugar es cercano, o angustia si deben alargarse a diario los centavos. El tamaño del menudeo y la magnitud del dispendio siempre dependen de la largueza o cortedad del gasto.

En algunos lugares aún se empaca en cucuruchos de papel, hojas grandes, totomostle –pero el nailon es lo más usual. Lo invariable y nativo, hasta en los supermercados, es el acomodo de frutas y verduras, para capturar el ojo y seducir la gula. Sopesar, tocar, oler, palmear una sandía o presionar levemente

un aguacate o un mamey son parte táctil de la guzquería —si bien no siempre con la anuencia del vendedor: *si no compra no mallugue*.

Hay muchos mercados de provincia donde la comida preparada es deliciosa y un respiro para las mujeres, que cuando menos se pueden saltar la preparación de la merienda: totopos, atole, tamalitos, camarón, pollo frito.

Los puestos callejeros son ancestrales; son nuevas las ofertas de semáforo de chicles, dulces, cigarros, gordas de nata, agua y refrescos, flores, galletas, tarjetas de Telmex y periódicos. También son muy antiguos los vendedores ambulantes: que lo eran realmente, no como los actuales que son más bien improvisados y contingentes, pero no ambulantes, excepto en el caso de los mercados sobre ruedas —culebras color de rosa si son vistos desde el cielo. Se venden en las calles de las ciudades alimentos para comerse o tomarse de pie, rápido, de pasada. Por las mañanas hay tamales, atole, tacos de canasta, tortas, pollas de huevo leche y vino jerez, licuados, yogures con o sin cereal y jugos. A mediodía o media mañana, venden tentempiés los neveros, jicameros (que venden mucho más que jícamas y que antes no eran en trozos y bolsitas, sino en rodajas, escurriéndose el limón hasta los codos). De tardecita hay camoteros, tamaleros, eloteros, quesadillas y garnachas, más tacos.

Hoy en día, los escaparates y anuncios en los medios son el gancho que seduce al consumidor, los banderines de oferta de los mercados son muy humildes ante los espectaculares de los periféricos.

Nostalgia citadina son los pregoneros que ofrecían chichicuilotos —que ya no nos tocaron—; pero sí quienes vendían por la calle nueces, fresas que se pesaban en una romana, pípilas vivas por época de Navidad —increíble espectáculo para los niños era ver atravesar Insurgentes a dos docenas de guajolotes corriendo delante de una delgada varita que esgrimía el dueño—. Todos ellos, como el ropavejero, no tenían sino su canto para convocar la concurrencia.

Trabajos y oficios

La organización comunitaria del trabajo, el tequio para el pueblo y la mano-vuelta son modalidades indígenas de la organización del trabajo. La maquila, la fábrica, la oficina o las empresas efímeras imperan en los pueblos y ciudades —

un buen artesano, oficial o reparador requiere de clientes constantes o una infraestructura mínima.

En el zócalo de México, junto a la reja de Catedral, tras anuncios que informan acerca de sus oficios y cajas con diferentes instrumentos vemos mosaiqueros, plomeros, medias cucharas, soldadores, plomeros, y demás maestros en una feria del trabajo improvisada y efectiva.

Reparamos, improvisamos: somos dados al diablito, las medias suelas, los cables con cinta de aislar; el *mientras* consta en las varillas de las azoteas, para amarrar allí el siguiente piso.

Son oficios en peligro de extinción el peluquero callejero, el escribano de portal, el que entrena al pajarito de la suerte, el gitano que lleva cine a los pueblos, los repartidores en bicicleta como el lechero con sus botes o el panadero balanceando su canasto en la cabeza –sustituidos por los pizzeros en motocicleta. Seriamente amenazados consideramos al ropavejero, recogedor de *fierro viejo*, *ropa usada que venda*, y al sastre remendón que zurce de manera invisible. Nuevos oficios aparecen: secretaria ambulante experta en llenar formas fiscales a orillas de las oficinas de recaudación, apartador de turno en la cola, policía que separa mujeres y hombres en la estación de metro, señoritas que surten los pedidos por teléfono del súper, técnicos que ayudan a usuarios de Internet las 24 horas del día por teléfono.

Aún son ambulantes los afiladores (hay que tocarse el pelo al oír su silbato para espantar a la muerte), componedores de tule y bejuco, repartidores de múltiples mercancías a domicilio: pizza, tintorería, periódico, cartero; por las más desoladas carreteras pasan camiones recogiendo latas de aluminio, que sólo reciben aplastadas.

Lugares de reunión

El patio de la escuela, el parque o la cancha para jugar, la banqueta, el comedor en el centro de trabajo, salas o cocinas de las casas donde se reúnen las visitas, la plaza al atardecer son centros de reunión.

Cafeterías, cantina, restaurantes se usan para platicar, conspirar, amarrar convenios, cinchar alianzas, ligar o cotorrear en ciudades y pueblos: se reúnen la comida, la bebida y el proyecto con el puro gusto de pasar el tiempo juntos.

Salones de conferencia, atrios y palacios municipales sirven para reuniones donde tratar, decidir o informar asuntos laborales o problemas comunales. Los espacios para espectáculos, reúnen gente que no tiene otro vínculo excepto como usuarios.

Devociones y creencias particulares.

Muchos mexicanos son católicos, pero todos somos guadalupanos. La imagen adorna los más insólitos espacios y prendas. Además hay maneras de venerar particulares y visitas no convocadas sino por la devoción particular de cada cual: las visitas a la iglesia en Semana Santa –no como participantes de la fiesta– que incluyen la compra y bendición de las palmas el Domingo de Ramos, el reparto y toma de aguas de las Samaritanas, la visita a las Siete Casas, la marcha del Vía Crucis, el Pésame a la Virgen y a veces la asistencia a misa y al Oficio de Tinieblas. Se lleva a los niños a la iglesia en Corpus; se toma un baño y se regalan jabones y zacates el día de San Juan –también se moja a la gente en la calle–; se pasea y visita la Villa de Guadalupe; se asiste a las novenas de San Judas, señor de las causas imposibles, o se trae agua de los múltiples santuarios para bendiciones y protecciones domésticas.

En el interior de la iglesia los adornos se multiplican y aunque los fieles sean muchos, cada cual pide y ofrenda a título personal. Cada cual enciende personalmente velas, reza, besa los pies o vestidos del santo y le mira a los ojos, así sea momentáneamente. Se reverencian santos con fines particulares y de modos especiales: se lleva juguetes a los Niños, monedas a San Ramón, cintas a San Benito, veladoras y flores a todos. El santo patrón del pueblo o favorito de una familia tiene un lugar en el altar doméstico o del taller. Los niños tienen todos un ángel de la guarda.

Otras creencias seculares son que nuestros sacrificios y espera serán recompensados, la modernidad será alcanzada, mi amigo, un amigo de mi amigo y sus influencias me favorecerán, llegará el desquite. *Ya nos toca.*

Celebraciones familiares y de la comunidad inmediata

Bautizos, primera comunión, quince años, onomásticos, despedidas de soltera y bodas son ocasiones de festejo con amigos y familiares. Las graduaciones,

comidas de generación, aniversarios, inauguraciones, premiaciones son también festejos particulares, si bien los participantes incluyen al gremio o la parentela. Estas fiestas son resabios de los ritos de iniciación, su carácter es más mutable y más sometido a la moda que el de las fiestas religiosas; allí la voluntad de celebración se tiñe de remedo de arquetipos formados a partir de la participación anterior en fiestas semejantes, o de los reproducidos por las revistas, el cine y la televisión. Estas fiestas de familias y grupos diferenciados, en la intimidad ampliada, o no masivos sino de grupos, que allí se refuerzan, reconocen e identifican entre sí. Se trata de celebraciones sociales, aunque a veces sean también religiosas. Originalmente la presentación al templo o iglesia de niños y jóvenes correspondían a ritos de iniciación o de pasaje en la vida de algún miembro de la comunidad. Hoy en día, la celebración misma es el ritual, su religiosidad es pura formalidad.

La alegría y las coreografías de estas reuniones son estereotipadas y marcadas por los medios. En todas ellas se usan vestuarios extraordinarios —comprados en casas de venta de vestidos especiales, siempre mucho más caros que los ordinarios— que denotan un orgullo triunfalista: tener un hijo, cumplir cincuenta años de casados, o quince de vida, lograr algo. No se escatiman recursos, hay que echar la casa por la ventana —aunque sea empeñados, endrogados o en abonos— se ve en cada fiesta urbana un despilfarro, bien diferente del reparto de obligaciones y de bienes que se lleva a cabo en las mayordomías o fiestas de mano vuelta de los pueblos, donde el festejo es financiado colectivamente —cada cual regresa el trabajo, la comida o el regalo que antes ha dado.

En las celebraciones urbanas —excepto en las de indígenas urbanos, que conservan sus mayordomías en las ciudades— no hay mano vuelta, sino el puro y simple merecimiento de ser invitado. Si las fiestas son institucionales, hay una comisión encargada del festejo.

Muchas de estas fiestas pasan por iglesias o templos: bautizo o presentación del niño, los novios, las quinceañeras, los cumpleaños, los graduados o los celebrados —dependen del grado de religiosidad de cada cual. La verdadera fiesta viene después: en el patio techado y adornado, en la calle cerrada para la ocasión, en el salón alquilado, en la rica mansión.

Los lucidos festejos, cada vez más arrinconados en las periferias de la sociedad y las ciudades, del México *pobre pero honrado*, relajiento pero solemne, borracho pero desprendido, de oropel y encaje compartidos y ocasiones memorables abundan: no hacer la fiesta es tacañería y desprecio a los hipotéticos invitados. El exceso y el manierismos presiden el adorno que, por ostentoso, roza siempre la cursilería. La celebración incluye brindis, discurso, alabanza, elogio y cuelga. La presencia de un micrófono convierte a animadores, usuarios o maestro de ceremonias en émulos de la televisión. Las listas de invitados reflejan los compromiso de padres y organizadores. La música y el baile inician con el vals y transcurren de la pausa al desenfreno, el mitote, el ruido.

Los festivales escolares más modestos incluyen bailables y recitaciones a los héroes y a las madres. Las tablas gimnásticas son muestra que desapareció con las clases de educación física. Los honores a la bandera semanales son solemnes y laudatorios, parecidos a la parte institucional de las graduaciones Tardeadas, elección y coronación de reinas, lunadas –son festejos en vías de extinción, aunque se sustituyan por reuniones, tocadas o reventones los espacios para la presentación, el flirteo, la paridad y los ligues.

Las fiestas de las clases medias y bajas no imitan la fiesta *elegante*, a la que tal vez nunca se ha asistido, sino la imagen de lo que supone correcto y distinguido; estas celebraciones reúnen en un sólo espacio una aspiración moral con otra estética; su finalidad es la ostentación y su premio el reconocimiento, el comentario o la envidia sana de los invitados. Exceso recargado, decoración y ornamento amontonado, ideal chabacano de belleza que se cubre de capas de encaje y de merengue, y descubre hombros y espaldas femeninas. La fiesta ha de ser vista y constada, su escenificación es acartonada: vals entre hielo seco; pastel de boda de varios pisos con una pareja de azúcar que garantiza la dulce felicidad de los desposados y que debe embarrar al novio, *mordida*; el puente hecho de una silla a otra, con la cola de la novia; el traje blanco del pequeño que accedió al señor, con su cirio y misal; el abrazo y las lágrimas, el declamador, el discurso del padrino de generación, la exposición de los años transcurridos plenos en logros del octogenario.

Atuendos y modas

La ropa que se usa, determinada por las circunstancias y las latitudes, permite clasificar de inmediato a sus portadores como pertenecientes a un sustrato, clase, gremio, etnia, región y hasta credo. De allí que, una vez llegados a las grandes ciudades, los indígenas sean imposibles de distinguir de otros migrantes pobres, artesanos, campesinos a no ser por sus atavíos. En algunos lugares, las mujeres son capaces de diferenciar el pueblo, la comunidad, el estado civil y el estatus de otra mujer al ver alguna peculiaridad en el diseño de un huipil —que a nosotros nos parece igual o muy parecido al de junto. Los principales determinantes para la elección de atuendos son el clima y el estatus, aunque a veces intervienen otras razones. En el Istmo de Tehuantepec se usan faldas largas porque la velocidad del viento, algunas veces, levanta las piedritas y lastima las piernas; las evangelistas, en cambio usan faldas largas para cubrir el cuerpo, tal y como exige su credo. Donde hace calor, la defensa contra el frío y la lluvia es pésima: cuando sopla el norte se echan cualquier cosa encima: la toalla, la sábana, un trapo. En la playa y climas cálidos todos usan ropa corta y escotada, en cambio es indispensable portar jorongos y cobijas en Toluca o en Chihuahua.

La comodidad impera en la vida cotidiana ante la ostentación. En las fiestas y reuniones, el atuendo es otro. Lo que una clase o grupo de edad es casual, en otro es facha. Las modas son puestas al día con gran velocidad: qué se enseña y que se oculta depende de las culturas y costumbres: en algunas partes de México no se usaban prendas arriba de la cintura sino hasta hace poco —sin que esto creara ninguna sorpresa, sino a los recatados forasteros.

Del vestido prehispánicos se conservan el huipil, los enredos y el chal o rebozo. Son muy antiguos los trajes típicos o regionales que ostentan las mujeres, sobre todo, en todos los rincones de la patria.

Algunos de los trajes más tradicionales son importados y han sufrido modificaciones, haciéndose típicos: el bordado del huipil istmeño proviene del mantón de Manila. La china poblana con lentejuelas —considerado el traje nacional—, es herencia de la representación de las faldas de castor con picos rediseñada por el vodevil porfiriano. Las blusas de coras, huicholas, tarahumaras son copia de las usadas por los campesino europeo en el siglo XVIII.

Los calzones cruzados de manta son bragas europeas medievales modificadas —y así sucesivamente.

En México tenemos una elegancia poco ortodoxa. La alta moda internacional, se vuelve nacionalista al utilizar con rebozos, huipiles y otros textiles indígenas —en el ornato doméstico también abundan. Sólo cuando ya no se tiene el menor riesgo de pasar por ser uno de ellos se usan con soltura —o cuando se pregona abiertamente tener un origen regional—; su uso es un pronunciamiento ideológico, nacionalista o indigenista a ultranza. El *radical chic* —de las clases alta y media— usa atuendos de otras culturas, malas palabras y tuteo con éxito y naturalidad —como va a comer tacos, visita santuarios populares y colonias marginales. Independientemente de su clase, reclama como propias otras causas y raíces.

Lo tradicional es cada vez más incosteable para los artesanos; el intercambio de finas prendas permite ingresos para vestir a la familia entera con prendas más baratas. El algodón es sustituido por el poliéster en las comunidades, donde lo artesanal se intercambia por prendas adquiridas en mercados y ferias: baratas, corrientes y frágiles. También en las comunidades el apego al atuendo es una declaración de principios.

La elegancia tradicional convive con la moda *nice* de la alta, que reclama la posesión exclusiva de la patria y la elegancia que impone modelos ajenos y dicta el gusto de las mayorías, vulgariza y comercializa los atavíos y adornos masivos. El dominio sobre los subalternos incluye el dictado de su atuendo, que fabrica y decreta sin compartir.

Pésimo gusto, junto al más refinado, conviven en todas las esferas de la sociedad y todos los rincones del país.

Tiempo libre

Pata de perro, al mexicano le gusta salir de su casa. Los paseos a veces no tienen más pretexto que mirar. Más corto que el paseo es el recorrido de una vuelta. Los mercados, las ferias y las plazas son los lugares favoritos en los pueblos más pequeños. Los parques, plaza de los barrios, centros comerciales toman su lugar en las ciudades. La oferta y posibilidades de divertirse aglomeran todas las ofertas al alcance del bolsillo. La escasez de recursos a

veces impide el completo disfrute de la oferta cultural de las ciudades, aglomerando los paseos a lugares públicos y gratuitos. Callejear, metichear, ver en los aparadores lo que se comprará o lo que no puede comprarse. Algunos se conforman con ir a ver tiendas y escaparates; otros, con alargar la visita a la cabecera municipal; algunos más, la emprenden hacia lugares de recreo cercanos. Las salidas familiares dependen, absolutamente, de la edad de los hijos o de sus intereses. Las salidas de las parejas, sin hijos, son privilegio que se limita casi siempre a los compromisos ineludibles. Salir a divertirse sin acarrear vástagos es inusitado y siempre requiere que alguien se quede en casa o se lleve a los niños a otra parte. Es signo de independencia y madurez en los adolescentes y jóvenes, llegar a la edad en que se puede salir sin la familia. Campo, parque o excursiones nos acercan a la naturaleza o a un trozo verde en las ciudades de polvo y de concreto. Los espacios urbanos, donde los niños no juegan en la calle y pocos tienen jardín, el sábado y el domingo son la única posibilidad de acercarse al agua y el sol: son un pequeño remanso, casi unas vacaciones. En la ciudad de México, miles de coches van a ver la nieve del Ajusco en enero. En el parque se montan ponis, bicicletas, motos. El día de campo o la alberca y balnearios son tradición exclusiva de los urbanos, que la emprenden con pelotas, tortas, refrescos o los adquieren en el lugar visitado. Los jóvenes salen a tomar un café, a ligar en la plaza junto al kiosco y la serenata del pueblo o al centro comercial —donde también hay paseos, miradas y música.

Las familias llevan a los niños por un helado, un globo o algún *chuchuluco*; visitan a amigos con hijos de la misma edad o comen los domingos en casa de sus suegros —las bandas de primos escapan de la vigilancia paterna y refuerzan los lazos de la tribu.

Los hombres van a plazas y el súper sólo los domingos.

Todas las salidas, casi, implican comer cuando menos alguna *chuchería*; muchos salen, nada más a comer *fuera*.

La nostalgia por el campo en el medio rural se sustituyen por un viaje a la cabecera o ciudad más cercana: fiesta con feria, compras, trámites o enfermedad los acercan hasta allá.

Circo y feria conllevan golosinas, algodones, caballitos, tiro al blanco, lotería –los cantadores de lotería parecen ser otras especie en extinción– juguetes.

Los usuarios de servicios culturales son diversos. Museos, sitios arqueológicos, conciertos son subutilizados porque no hay costumbre ni recursos suficientes. En provincia los circos, carpas, palenques, pabellones y ferias –las de libro incluidas– siempre se visitan masivamente.

Es paradójico que las vacaciones oficiales, en un país laico, sean en Semana Santa y Navidad, lo cual da lugar a los paganismos y aberraciones más curiosos: “*retiro budista desde jueves santo hasta domingo de pascua*”. La patria, en cambio, sólo da lugar a puentes.

Representaciones y modelos

El cine mexicano ha forjado arquetipos de familia, costumbres, lenguaje, paisajes y conflictos. Charros cantores, revolucionarios a caballo, la ciudad como asilo de rumberas y gánsters, luchadores y pobreza dignificada, campo idílico cubierto de flores son creación del cine mexicano en su Edad de Oro. La mayor parte de los modelos que allí se crearon lindaban en lo grotesco: trajes inverosímiles, costumbres inexistentes, valores y grupos caricaturizados, humor ramplón. La temática de esta época del cine muestra una sociedad completamente diferente a la del cine nacional contemporáneo: no sólo cambiaron los tiempos, también los gustos: se prefiere un espejo menos traicionero y falseador. El cine, en sí, también ha sufrido modificaciones profundas: el consumo de videos y de películas a través de los televisores han mermado su influencia como creadora de modelos. Los ha heredado, como cultura de masas, la televisión.

El radio sigue llenando casas, talleres y automóviles de toda clase de anuncios, noticias y sonidos.

La televisión, sin embargo, es el gran monstruo devorador y productor de cultura de masas. Engulló a la carpa y la sustituyó por maratones televisados por causas nobles o humor acrítico. Su especialidad es crear ídolos, personajes, acciones y noticias –independientemente de su peso en la realidad. Nos confronta con una oferta inaccesible para la mayoría de los usuarios, arquetipos de vida ideal

inalcanzables. Moda, costumbres, entornos, que anulan las diferencias sin zanjar las distancias reales o su pertinencia.

La relación entre las Bellas Artes y las tradiciones es mucho más enriquecedora: la música clásica y la danza heredan las formas vernáculas y populares con gran éxito. Inspiradas en la riqueza regional, han logrado popularizarlas, en otras formas, fuera de las salas de concierto y teatros. La arquitectura reinterpreta el barroco en el churrigueresco, donde el ornamento y suntuosidad se nacionalizan e influyen un gusto en casas, atuendos y maneras de ser. Tenemos impresa en los ojos y el alma la estética churrigueresca. La pintura mural abrevó de la historia del arte universal, las circunstancias históricas del país, las artesanías y el arte popular para convertirse en modelo público de la plástica nacional. Nos presenta un México ideal, nacionalista que influyen durante décadas en la fotografía, arquitectura y artes plásticas. El color, la composición, los temas mexicanos regresan a las artes visuales, más o menos explícitamente. La fotografía mexicana, de larga tradición, muestra su cercana relación con esta herencia, transformada, asumida o refutada por los artistas visuales de nuevo cuño: todos ellos mexicanos, universales y de reconocida calidad en todo el mundo.

La literatura del último siglo se nutre de poesía popular, lenguaje cotidiano y de vivencias particulares le dan un matiz primero nacionalista y más tarde nacional. La novela es lugar donde se reflejan las diferentes sensibilidades; la crónica nos retrata –costumbrista y crítica. La poesía nos permite asomarnos, con enorme eficacia, a la peculiar visión que tenemos de la muerte, el arraigo o desarraigo, las contradicciones que nos cruzan y definen como mexicanos.

Fiestas, diversión y reuniones masivas

El solitario mexicano ama las fiestas y reuniones públicas.

Octavio Paz

Fiestero, mitotero, *chimisco*lero, el mexicano hace un quiebre en la vida común para el tiempo extraordinario donde celebra, propicia o impugna colectivamente; un hueco en el devenir cotidiano para venerar, propiciar o divertirse. Ante el transcurso siempre igual de la cotidianidad, la demagogia y la austeridad

obligadas la fiesta, el espectáculo o la reunión masiva organiza, convoca, demuestra, reclama y define a los participantes ante sí mismos y ante los demás –hoy en día, con frecuencia también ante las cámaras. Comida, júbilo, estruendo, intensidad y lucimiento se concentran en un espacio y tiempo fijado de antemano: danza y música, devoción y gasto, desenfado y sacrificio lucen al máximo. Los atuendos identifican de inmediato a los participantes: uniformes, maquillaje, máscaras o emblemas se reconocen inmediatamente.

En estas reuniones, los individuos se ponen en contacto directo con sus semejantes y oponentes: un consenso unánime se muestra franca y ruidosamente. Estas reuniones y festejos sacralizan, politizan, nacionalizan y los participantes se apropian de caminos, calles, ruedos, atrios, plazas, teatros y galerones; son sujetos de lo que sucede –aunque sólo sean público, se saben indispensables para que el acto, la celebración o el espectáculo ocurran– y como tales se conocen, reconocen y refuerzan su anecdotario de aversiones o simpatía. En estas reuniones se establecen y renuevan los vínculos con la divinidad, la comunidad, la nación. El vestido ordinario se sustituye por vistosos trajes de danza, las mejores prendas, el uniforme; la ración normal por banquete y borrachera; la voz temperada por grito; el paso común por la marcha, el giro o zapateado concertados con quien está junto a mí –imperan el júbilo o la ira desenfrenados.

Las diferencias sociales se borran por un momento, los participantes de la celebración se igualan temporalmente, pues los privilegios no se esgrimen como tales en estos actos: no hay modo de imponer jerarquías a la masa –los privilegiados que prefieren pronunciarse o divertirse como tales, lo hacen en otros espacios. La muchedumbre acoge, crea solidaridades y propicia anonimatos. Todos se hermanan como hijos de la misma virgen, peregrinos de la misma procesión, practicantes del mismo credo, aliados del mismo líder, celebrantes del mismo héroe o equipo, herederos de la misma historia, víctimas de las mismas injusticias. En la fiesta, la marcha, el espectáculo multitudinario se concentran en un solo grito el entusiasmo, el desmán, el enojo autónomos de la masa. La épica

solemnidad de los desfiles y fiestas patrias, la hondura devota con ceremonias preestablecidas de las fiestas religiosas dan paso a la música y la danza.

“El costumbre” indígena requiere de mucho tiempo de preparación y no se trata de una simple celebración –sin su fiel desempeño, que sitúa a los participantes en tiempos míticos, como en la peregrinación y las fiestas al peyote entre los huicholes–, el mundo dejaría de existir –el sol convertido en Cristo no volvería a aparecer en el horizonte si los diferentes chamanes, en los más distantes rincones del país, no le hicieran revivir con su medicina y rezos. En las fiestas no sólo se reverencia a los dioses, se les reencarna; las ceremonias inaugurales, los sacrificios propiciatorios y ofrendas renuevan pactos entre dioses y hombres, entre los hombres mismos: se reviven mitos y milagros o se introduce a los novicios a nuevas etapas de la vida, nuevas obligaciones, cargos y privilegios.

Mezcla de las múltiples celebraciones públicas prehispánicas y las verbenas y romerías españolas, en las fiestas mexicanas hay palabra y diversión, sacrificio y parodia, juego y competencia, danza y música, habilidad y teatro. Más tarde se separan las formas locales, las costumbres regionales y los diversos mestizajes –pero nunca pierden su carácter sagrado y jubiloso.

Alcohol y música son el acicate de la fiesta.

Muchas danzas de las fiestas religiosas usan máscaras, atuendos de animales, de mujer, de forastero: no se trata de ocultarse, sino de meterse en su piel, transformarse, reemplazarlo para cumplir un ritual. En la fiesta se revela la corporeidad y la realidad epidérmica de los indígenas, tan poco visible en otras ocasiones. La devoción, la vistosidad y variedad de atuendos costosos, el travestismo de los bufones o danzantes, las batallas fingidas, la burla de lo otro –ajeno, distinto, extraño–, la transgresión ritual de los roles presente en la mayor parte de las coreografías permite la ruptura momentánea de la rigidez de las normas. En el espacio festivo puede leerse la historia, creencias, ideales y conflictos de los indígenas.

La comunidad ante un santo, gremio, preferencia o celebridad. Dentro del anonimato de la multitud, tras la máscara, en la masa confusa–los dioses, los

ídolos populares, las autoridades impugnadas no pueden olvidarnos pues el alma al descubierto, la rebeldía, el *¡Viva!* que se grita incluye a quien reza, marcha, se atreve, va hasta allá, participa. Desde allí se cobra la revancha de lo negado: aunque no dure, puedo ser, aunque sea durante un rato, lo que soy, lo que quisiera ser. Indígenas, jóvenes, proletarios, campesinos, comunidades *gay*, castigados por marginadas por una vez toman la palabra. Se pregona abiertamente la verdadera y esencial patria, la justa sexualidad, el derecho a la visibilidad.

Se requiere del consenso inmediato de las multitudes para la reunión: hay un mimetismo en la masa, que responde automáticamente para hacer una *ola*, pedir una oreja, dar *portazo* en el concierto, gritar una consigna, correr tras diablos o negros, imprimir el ritmo de una procesión, gritar ante la canción conocida, lanzarse sobre el otro en una tocada. La aglomeración ejerce una extraña fascinación en los públicos: sufrida en el metro, es buscada el día del Grito o en el concierto popular. Las concentraciones a las que nos referimos son voluntarias: la colectividad se define, se pronuncia, para el reforzamiento y demostración de su pertenencia a ella.

Quién ocupa el foro, el templete, el estadio nos pertenecen por la simple demostración de un amor idolátrico por cantantes, deportistas, toreros o líderes. Estar allí es parte de una acción: son la solidaridad y pertenencia demostrados.

Convertidas por los medios en espectáculo, las acciones son siempre más o menos iguales: hay una coreografía en la danza —y también el mítin, el desfile o desmanes de entretiem po, la reunión rijosa de los mundialistas, el estoico silencio decretado por las notas del himno nacional.

Existe una mexicanización del moro, el *hooligan*, la cumbia, la lucha de clases, las faenas de los toreros. El sincretismo es absoluto de las fiestas patronales. La palabra importa poco: qué se dijo en los parlamentos de la danza, en el discurso político, en la canción son menos importantes que el ruido de cohetes, el escándalo, las campanadas. También hay momentos de silencio. *Paso redoblado...* las escoltas inmovilizan al público ante la bandera que se iza o es arriada, las notas del himno convocan coros disciplinados. La solemnidad ante *los héroes que*

nos dieron patria o el *sí juro* de los conscriptos. Las procesiones de Semana Santa, las imponentes marchas silenciosas de protestas.

Pero el respeto da paso inmediatamente a la picaresca, al relajo masivo. El contrincante o el que falla es cuestionado, abucheado, zaherido ..uleros.

La vida explota al límite, se dividen las masas en partidos, contingentes, equipos, cuadrillas.

Propiciar, sacralizar, politizar, celebrar, impugnar masivamente. En un espacio adornado, arreglado, lleno de flores, emblemas, mantas y bocinas.

Liberado y fatigado, el mayordomo, los organizadores, los convocantes pasan el cargo a otros y los participantes dejan las plazas llenas de basura, cargadas de su impulso —plenamente satisfecho, sean cuales fueran los resultados. Tras la exuberancia del Carnaval, llega la austeridad de la Cuaresma.

Fiestas religiosas

Lo festivo parece estar casi irremediablemente vinculado a lo religioso —aunque sea en su aspecto ceremonial— mientras que lo cotidiano parece estar definido por lo secular. La fiesta transcurre en un lugar consagrado —y por costumbre, independientemente del peso de la creencia, en este país se hace con agua bendita— aunque apenas unos minutos después de la misa o la bendición sigan la música, el desenfreno herético, el baile pecaminoso y la ostentación mundana aunada al sacrificio, la entrega y la fe.

Las grandes festividades en los pueblos y comunidades de nuestro país son cristianas —al menos las más visibles y las que cuentan con la organización necesaria: cargos de la iglesia incluyen autoridades elegidas para las mayordomías, para llevar a cabo las celebraciones, coordinar a los grupos de participantes y fiscales, sacristanes y topiles cuyo cargo incluye el cuidado de los santos y las iglesias (bienes y los santos, limosnas, adornos, velas, vestidos, rosarios y hasta su aseo están a cargo de quienes tienen estos cargos y sus familias) —sin la menor participación de curas o jerarquías religiosas. Tras la conquista de México, ante la urgencia de evangelizar, los servicios religiosos se llevaron a cabo en capillas abiertas y atrios. El teatro religioso y los Autos Sacramentales se utilizaron como métodos expeditos para la catequización. Hubo representaciones de la pasión de Cristo en Semana Santa y

Pastorelas en Pascuas de Natividad. También se importan de España las representaciones de danzas y luchas de Reconquista de las que derivan, en México, las fiestas con Santiagueros, Moros y Cristianos, Danzas de la Pluma y muchas más.

Los primeros evangelizadores, como después el Santo Oficio, fueron muy estrictos respecto a la doctrina, pero tuvieron que ceder en los métodos de conversión y valerse de la importancia que tuvieron las fiestas antes de la Conquista –tanto para indígenas como para negros– y fueron bastante permisivos en lo que se refiere a celebraciones y festejos. En la vida cotidiana los conquistados debían distinguirse absolutamente de los criollos e indios; se sometió las castas a una serie de prohibiciones. Los trajes de las fiestas adoptaron cuanto estaba vedado: terciopelo, joyas, calzas, armas y corceles, espadas y adornos. Los recargados y complejos atuendos de los danzantes resumen el lujo atribuido al opresor y son parte esencial del espectáculo, donde cada vez se incluyen más objetos ajenos: paraguas, sombreros y tocados, lentejuelas y espejos, rifles, trajes de catrín, capas y –de manera curiosa– un atuendo que se atribuye a los indios – en danzas de Conquista, Apaches o Concheros. Un grupo de bufones, *travestis*, o burladores acompaña muchas fiestas populares, pero como comparsa festiva. El mal, los diablos, los judíos, los monos, los tigres se adueñan de los pueblos, las normas, las máscaras y el tiempo. Se trastocan las medidas y las costumbres, los modales y las reglas.

La fiesta, además de transgredir las prohibiciones respecto a los atuendos, permite subvertir otros límites: tras una máscara y un atuendo, se puede cambiar de sexo, de edad, de raza: a voluntad se es negro, blanco, mujer, viejo, diablo o muerte, ángel, moro, romano o francés que luchan entre sí sin que la contienda pase a mayores. La fiesta permite revertir la historia, las jerarquías y, con ello, aliviar las tensiones de una sociedad con diferencias tan abrumadoras y fronteras tan estrictas. Es en el rubro festivo, con el lenguaje y el gusto, donde el sincretismo resultó más eficiente.

En honor de los santos patrones, la música, la danza, las cosmovisiones y los calendarios antiguos siguen vigentes. Expulsados de la riqueza, del poder, de la posibilidad de imponer o pregonar como propio aquello que los distingue culturalmente, los derrotados, ejercieron y ejercen un poder temporalmente, sin

que asumir tales actitudes entrañe el peligro que tendría si se hiciera fuera del espacio festivo.

En la toponimia mexicana, cada pueblo lleva el nombre de su santo patrón y un apellido indígena: San Juan Teotihuacan, Santa María Guienagati, Santiago Tandamangapio, etcétera. Las fiestas patronales incluyen misa, solemnes procesiones en la calle, adorno de santos y lugares, reparto de comida y bebida, grupos de danza. Estas fiestas se celebran anualmente y con frecuencia son el único resquicio para expresarse.

Incluyen misa, adorno de iglesias y calles, participación de mayordomos y autoridades tradicionales, grupos de danza, música, cohetes, comida, trabajo comunal en la preparación de todo ello.

La fiesta patronal tiene otra faceta en el espacio urbano: San Judas Tadeo y sus novenas muestran una modalidad muy mexicana: hay una forma pagana de celebrar lo divino, como hay divinización de lo pagano. Este santo, “el más humilde por compartir su nombre con el traidor”, es defensor de desempleados y prostitutas, de ladrones y pobres –concurren al templo de San Hipólito, en la ciudad de México, miles de fieles con dos flores y dos velas que se intercambian. Así se reparte el mal y el milagro entre todos: uno lleva a su casa una vela y enciende otra en el templo, y nunca son las compradas en la calle. Entre todos se conmueve al apóstol y ya nadie sabe ni por quién pide.

Las visitas del papa abarrotan de fieles los recorridos y lugares por donde pasa; la posibilidad de recibir su mirada o su bendición sacan a las calles a millones de personas.

Cada ciudad y pueblo tienen una iglesia o santos particularmente milagrosos que celebran, y a quien se visita el día de su fiesta patronal –la llegada de forasteros a los santuarios cambian de fecha según las necesidades de los visitantes, peregrinos o romeros.

Las peregrinaciones y romerías a diferentes santuarios muestran la devoción en movimiento: se va a pie –a veces se camina hasta una semana entera– o en transportes alquilados, de rodillas o en bicicleta, con danza o con antorchas portadas por deportistas, con emblemas y reliquias para bendecir, el mero día de

la fiesta o cuando los peregrinos lo deciden. Se pagan mandas o se agradece algún favor, se llega con música o se entonan himnos, se *juran* los borrachos para ya no beber firmando un contrato, o se presentan niños para que sean afortunado –pero siempre se traen de regreso algún recuerdo de la visita. Cada santuario tiene, además, manantiales, puentes, capillas árboles donde se deja una ofrenda, se recoge agua, se baila, se ofendan flores y se prenden velas. Las peregrinaciones, excepto la de la virgen de Guadalupe, suelen ser regionalizadas –a menos que quien cumple la manda tenga especial devoción por algún santo, virgen o niño en particular. La Villa es destino universal de mexicanos, sea cual sea su condición o etnia. Además de este lugar, son destino favorito de los fieles santuarios de Jalisco: las vírgenes de San Juan de los Lagos, Talpa y Zapopan. Los del sur visitan a la Virgen de Juquila, la de la Soledad en Oaxaca, la de Ocotlán o la de Catemaco, en Veracruz. En el Altiplano, además de Guadalupe, es muy milagrosa la Virgen de los Remedios. Son santuarios muy visitados Plateros, del Santo Niño de Atocha; Chalma donde se venera un Cristo negro –como Ixquípula (en Guatemala) –a donde viajan romeros del Istmo y Chiapas.

Otras fiestas o costumbres se celebran simultáneamente en muchos lugares, directamente vinculadas al calendario litúrgico. Los Niños Dios se visten y presentan a bendecir en Candelaria. “Se visten niños Dios” es un letrero que se ve en todos los mercados; “quedarse a vestir santos” permanece en el habla popular como sinónimo de solterona. Vestidos los niños de las roscas o del nacimiento, se llevan a bautizar y presentar en una cuna o en su silla. La madrina coloca al niño en el altar doméstico, donde se le prenden velas familiares y se le colocan flores y ofrendas de juguetes, pues al fin y al cabo son niños. El Niñopam, de Xochimilco, y el de Atocha, de Zacatecas, se recuerdan como apariciones benéficas y muy milagrosas. Entre los niños venerados de moda tenemos al de Tacuba, que viste de futbolista y al que se le reza desde hace dos encuentros mundiales para que favorezca al equipo nacional.

El Carnaval es, por tradición, una fiesta de ruptura, transgresión, inversión deliberada de las normas. La sorna y burla al sistema, el lenguaje, las

autoridades, la subversión acotada, explosiva, tumultuaria, la licenciosa son generalizados. Los carnavales no sólo son festejos transgresores, sino esencialmente reivindicativos. Si bien los privilegiados, como todos los demás, pueden gozar unos días de una libertad inusitada, los verdaderos actores son los agraviados, quienes carecen de todo, los que sufren la opresión constante de la sociedad y sus buenas costumbres.

En la fiesta impera el exceso: de comida, de ruido, de escarnio, de malas palabras y estropicios verbales. Estos días al revés –días aparte, días perdidos– son indispensables escape de vapor en la sobrecargada presión de la maquinaria social: la fiesta libera y agota, sacia y promete. Muchas fiestas carnalescas donde se representa, encarna, expulsa el mal, no suceden solamente en esas fechas.

El Carnaval es un esbozo utópico de abundancia y de igualdad, un “como si” anárquico que a la larga refuerza las normas –debe aprenderse la liturgia para contradecirla en cada una de sus partes, debe conocerse el Nuevo Testamento para hacer su parodia, deben conocerse las normas de lenguaje y de conducta para blasfemar e insultar y tener cánones específicos de belleza para coronar a un rey feo. La representación grotesca y erotizada, las autoridades derrocadas, las jerarquías traslapadas terminan el Miércoles de Ceniza cuando se recuerda:

“polvo eres y en polvo te convertirás” y comienza la Cuaresma.¹⁵

El Carnaval siempre termina con la expulsión del mal: se muere o se mata al carnaval, se le enjuicia, se le quema, se le lleva a las orillas del pueblo, se le echa de allí: personas y lugares han de exorcizar el mal que representaron y ahora, sumisos y obedientes, dan por terminada la fiesta para iniciar un nuevo ciclo religioso o un ciclo agrícola; o, cuando menos, en sus ámbitos más secularizados, el festejante se retira a curarse la cruda.

En las fiestas mexicanas, el blanco, el pudiente, el gobernante son el enemigo que debe expulsar, zaherir, insultar en su forma de catrín, forastero, animal o máscara blanca.

¹⁵ Véanse los análisis del Carnaval de Mijail Bajin y Julio Caro Baroja.

El carnaval de Veracruz es uno de los más famosos del país; su estilo se adapta a los carnavales con grandes desfiles y baile y música. Es más cercano al espectáculos que a la celebración religiosa.

El carnaval de Huejotzingo incluye batallas entre franceses y zacapoaxtlas, el rapto a caballo de una señorita, bandidos, apaches, canibales: se disparan miles de tiros y se consumen toneladas de pólvora. En Morelos, el Carnaval se caracteriza por sus Chinelos –bailarines que giran como derviches sin descanso. En Chamula, el vistoso traje de los *max* –monos araña–, el baile y los enormes pendones, terminan con una carrera sobre el fuego para purificar a los participantes.

La Semana Santa, realmente ni se festeja ni se celebra; se representa y se revive la Pasión de Cristo de muy diversas maneras, algunas de ellas multitudinarias.

En Ixtapalapa, como en muchos otros lugares, se representa la Pasión desde el domingo de Ramos hasta el de Resurrección, se escenifican los Evangelios y se crucifica a quien representa a Cristo en el Cerro de la Estrella, lugar los mexicas prendían el fuego nuevo.

Los penitentes de Taxco con los brazos amarrados a varas de espinos, capuchas, y teas, son imponentes, así como otras procesiones del Silencio en el Bajío y Jalisco.

Los Vía Crucis, menos elaborados, se llevan a cabo en todas las iglesias. En las ciudades o lugares donde hay más de una iglesia, es tradicional la visita a las Siete Casas, el viernes se da el Pésame a la Virgen, se visita al Santo Entierro, se escuchan los Oficios de Tinieblas –misas cantadas de viernes Santo. El Sábado de Gloria –que por ajustes de la Iglesia ya no es el sábado– la gente se renueva: por eso todos se bañan, acuden a albercas o se tiran baldazos de agua por la calle para limpiarse y bautizarse nuevamente. Para expulsar el mal y celebrar que la Gloria se ha abierto, se queman judas, fantoches, diablos de cartón y otras figuras –como en Carnaval.

En Corpus, además de llevar a los niños a bendecir, vestidos de inditos, se regalan mulas –a quien se considera que lo merece, a son de broma.

El 12 de diciembre se celebra la aparición de la Virgen de Guadalupe: peregrinos, danzantes de todo tipo, mañanitas, televisión, misas, aglomeración

de fieles en la Villa y en todos las capillas de mexicanos mezclan culturas, tiempos, formas de venerar.

Las posadas incluyen cantos para pedir abrigo para la virgen, –aunque con diferentes tonadas– piñatas y golosinas. Cada vez se ven menos los peregrinos que llevan el nacimiento a cuestras hasta ante la puerta cerrada: la celebración pierde su carácter tradicional y religiosa para convertirse en una fiesta más, que antes de a la consumista Navidad. Las pastorelas, la Misa de Gallo, la costumbre de acostar al niño, arrullarlo y cambiarle los pañales dan paso a las comilonas familiares, el regalo obligatorio –más hijo de Santa Clós que heredero de la cuelga del niño.

En la última posada se acostaba al niño en el pesebre, en el nacimiento.

Aquí los antiguos recibían al fuego
Aquí el fuego creaba al mundo
A mediodía las piedras se abren como frutos
Octavio Paz¹⁶

En muchas las comunidades indígenas de México, las fiestas permiten volver a situarse en los orígenes, revivir los tiempos primordiales, contar nuevamente su propia génesis. No sólo se representa, se pide o se habla los dioses y los dueños de la lluvia, el monte y el agua, se le encarna. Bendiciones, fiestas y rezos para pedir la lluvia y favorecer la siembra, los primeros frutos, o la caza; para saludar al sol en el cenit –como el caso de los voladores de Papantla. Ceremonias propiciatorias para auspiciar el crecimiento de las milpas y para iniciar la construcción de casas, para proteger a los animales –el día de San Antonio– o para asegurar el flujo de ríos y manantiales. Los mitotes de los indígenas del norte de México cumplen esta función.

Con frecuencia, se unen a celebraciones de santos o fechas cristianas. Entre los coras, la Semana Santa escenifica la Pasión, pero coincide con fiestas de corte carnavalesco y, además, corresponde con restos de ritos de iniciación de los jóvenes. Entre los huicholes, la fiesta coincide con el regreso de los peregrinos que fueron por peyote a Viricuta y la resurrección de Cristo coincide con el amanecer del sábado, pues se le identifica al sol. Con cantos, se cura a

¹⁶ Octavio Paz, “Cerro de la Estrella”.

Jesús del Santo Entierro, se le limpia e implora hasta revivirlo, como hacen también los *ilol* en los Altos de Chiapas.

Los coras forman un enorme grupo de corredores, pintados y enmascarados: la Judea encarnan el mal durante cuatro días y abandonan su conducta licenciosa y transgresora cuando los demonios y judíos regresan a los infiernos: se quitan la pintura en el río y rompen máscaras y sables en los playones, se *desborran* —es decir, recogen su nombre , que habían borrado al pintarse. Igual que los huicholes, cuando van al desierto por peyote, no pueden emprender sus tareas ceremoniales usando sus verdaderos nombres. Al regresar a la comunidad, adquieren y reasumen su verdadero nombre y rol. Los jóvenes coras deben correr durante cinco años para convertirse en hombres, los huicholes, antes de ser cantadores, deben viajar cinco veces al desierto.

Fiestas cívicas

El 5 de mayo de celebra de la Batalla de Puebla; coincide con la jura de bandera de todos los jóvenes que cumplen su servicio militar obligatorio. En algunos lugares se escenifican batallas —en el Peñón de los Baños, cerca del aeropuerto de la ciudad de México, por ejemplo, que a veces se confunden, por su carácter de guerra campal y por sus atuendos, con las batallas de las morismas o de las danzas de la Conquista. Aunque no se celebra ese día, en Carnaval de Huejotzingo vemos una de las mejores versiones de franceses, suabos y zacpoaxtlas.

En esta fecha, los mexicanos en Estados Unidos celebran su nacionalidad, es el día de la Raza en Estados Unidos, la fiesta de la mexicanidad en espacios ajenos —no el 12 de octubre, como dentro de nuestras fronteras.

16 de septiembre y Grito

El Grito cambió de fecha para darse a las once de la noche del día quince, como se sabe, porque coincidía con el cumpleaños de don Porfirio. Cornetas, banderitas, disfraz que consta de sombreros y sarapes de Saltillo de chillantes colores de anilina barata sobre el poliéster, que nunca ningún mexicano ha usado sino cuando se lo pone para esta ocasión o algunos encuentros deportivos. Niños y antojitos, desvelón, ruido. El relajo, nos dice Jorge Portilla, es una conducta o comportamiento que, sin ser necesariamente cómico ni mover a risa se

le asemeja, suspende la seriedad. El relajo desplaza la atención, quita la solidaridad con el valor propuesto por el solemne; se manifiesta en gesto o palabra, que ridiculizan y desacreditan. Es el comentario que interrumpe la ceremonia, la disgresión del texto. Más que negar el valor le resta adhesión. Nadie echa relajo solo: se requiere de un grupo prefigurado y ruidoso que continúe el choteo en la cátedra, la conversación, la fiesta.¹⁷

A la espera de la hora señalada, imperan en la plaza el relajo o el comentario insulso en la televisión. Se interrumpe el ruido y el Presidente grita vivas a héroes –y lo que su improvisación o creencias le dictan. Todos responden con un gran grito: “¡Viva!” Debe usar voz firme, solemne y emocionada, tocar la campana, ondear la bandera, sortear las luces: todo al mismo tiempo –casi tan complejo de coordinar como las uvas, los abrazos, las campanadas y los brindis simultáneos de Año Nuevo. Su aparición en el balcón central del Palacio Nacional es recibida con vivas, rechiflas y ruido que son encuesta inmediata de su popularidad –la solidaridad o animadversión que concita. Siguen música mexicana culta y popular (*Huapango* de Moncayo y mariachis que tocan *La Negra*), fuegos artificiales, serpentinas, cornetas, huevos de confeti, espuma tricolor.

La solemnidad del Grito y el desfile del 16 exigen ley seca. En cada municipio, estado, embajada, pueblo, las autoridades gritan, a la misma hora. Limitadas a lo escolar o expandido a lo masivo, dependiendo del lugar, lo típico y lo tradicional son espectáculo o mercancía consumible, pero la Patria nos pertenece en ese momento, y se convierte en algo más que el antecedente inmediato, lógico y exclusivo de quienes la representan.

El 16 de septiembre, como el del 20 de noviembre, son días de desfile, sean escolares, militares o ciudadanos; se limitan a la muestra, no invitan a la adhesión. Las calles del recorrido se cierran al tránsito usual y se destinan exclusivamente al paso de quienes las recorren –flor y nata, representantes por excelencia de la nación. Allí se muestra el inventario de su fuerza, la magnitud del poder, o la eficacia de los profesores de la escuela y su escolta. A veces los desfiles son deportivos.

¹⁷ *Fenomenología del Relajo y otros ensayos.*

Manifestaciones, marchas y mítines

Las forma públicas de protesta, adhesión y acción ciudadana tienen pocas variantes: marchar, llegar ante un edificio o una plaza, hacerse oír y ver; son urbanas, convocadas por organizaciones oficiales, civiles, sindicatos, organizaciones diversas. A los obreros les pertenece el primero de mayo y a los campesinos el aniversario de la muerte de Zapata. El 2 de octubre, es de quienes no olvidan y algo de su cosecha añaden de agravios menos lejanos. Durante años, el Zócalo fue clausurado a las manifestaciones públicas no oficiales. Hoy es usado para terminar las marchas, mítines, campañas, plantones. Su prestigio recuerda las entradas triunfales de la Colonia —y los motines. El zócalo ha sido la meta simbólica de toda protesta y hacia allá se dirigen pasos, mantas y voces. La plaza es el corazón de la ciudad capital de un país centralista, a pesar de su federalismo. Es capaz de comer grandes contingentes, distorsionar todo sonido y permite cuentas diferentes según la versión que convenga: siempre menos de la mitad de los participantes en las noticias oficialistas y más del doble en la cuenta de los organizadores y *ultras*. La resonancia de las consignas nunca será igual a la que reverbera en las cuadras de Madero donde se desparrama el torrente de gritos desde un embudo hacia la plaza abierta. El zócalo y las calles de la ciudad nos pertenecen en esos momentos; no cuando lo cruzamos, individuos aislados, entre plantones, concheros o turistas. Pasos, consignas, descontento, policías, público de curiosos o solidarios, impugnadores, provocadores que pretenden desorganizar la justa ira. Mensajes breves y contundentes, en octosílabos clásicos, descalifican al enemigo y pronuncian las causas —con simpleza, maniqueísmo y enorme impaciencia de quienes ven interrumpido el tránsito.

Entradas triunfales, fines de campaña, actos políticos de adhesión o repudio siguen este canon de desfile desde un punto determinado hasta el balcón, la tribuna, el micrófono. Solamente en las marchas de adhesión oficial vuela el papel picado desde las alturas, suenan las campanas de las torres o los cohetes que abren o cierran la marcha. Desde el motín hasta el desmán, en la “ciudad de los palacios”, marchar es una la culminación de una tradición no perdida —la de descalificar a la contraparte: *el que no brinque es charro*, o porro, tira, etcétera.

Organizaciones, gremios, colonos, sindicatos, escuelas y facultades pasan de la asamblea al contingente de una marcha –muchos más van por la libre.

Deportes y aficiones

Todo espectáculo masivo requiere públicos enardecidos. Los deportes, como forma institucional del juego, crean verdaderos fanatismos –a pesar de saber que se juega, se olvida casi y un partido de futbol se convierte en negocio, honra nacional, afrenta personal, pasión y emoción incontrolables.

Los partidos en los estadios, las reuniones en sitios públicos para ver algún encuentro y las celebraciones subsecuentes se han convertido en una de las costumbres más generalizadas en México. Quien preguntaba ¿de qué signo eres? en los sesenta, ahora pregunta ¿a quién le vas? Como en el caso anterior, hay signos compatibles, contrarios o indiferentes. El otro forma una opinión inmediata y la nación ya no parece separarse en liberales y conservadores sino en chivas y UNAM. Olas, porras, reventa, cornetas, maquillaje, atuendos, sesiones y lugares donde los amigos ven juntos el futbol son parte de esta infraestructura. Al menor triunfo fuera del país, los fanáticos se dirigen al Ángel de la Independencia –seguramente en las grandes ciudades hay otros sitios donde sucede lo mismo. La televisión reseña, incita y reprueba estas acciones, recuerdo apenas confrontaciones a la salida de los clásicos Pumas/ Poli de los años cincuenta y principios de los sesenta. El tráfico se paraliza nuevamente –no se requiere de un gol, por cierto–, hay daños a la propiedad, euforia nacionalista: es una de las pocas herencias avaladas por los medios que no viene de Estados Unidos.

Box, luchas y otros deportes no despiertan pasiones tan generalizadas ni decepciones tan rotundas: aunque un campeón mundial nos hace recordar nombres de pugilistas. Las revistas y el cine pintaban a los boxeadores como pobres de barrio –Tepito suele ser su cuna–y a los luchadores como héroes vengadores de zagas fantásticas: los luchadores de plástico aún son juguetes comunes y las máscaras y álbumes todavía son populares entre los niños. El *Santo*, *Blue Demon* y demás son la simulación por excelencia: rudos contra técnicos vuelan por el ring y renacen, como aves Fénix, ilesos, como parodia enmascarada del mundo cotidiano de sus admiradores. Karate, judo y artes marciales logran su popularidad a

través del cine extranjero. Los cronistas de deportes, que en alguna ocasión permitieron imaginar un partido tan sólo escuchándolo han dado paso a los conductores de televisión, cuyo lenguaje nos resulta —a algunos necios que aún escuchamos las palabras— absolutamente incomprensible y exacerbado. Toros, gallos y jaripeos y la demostración de habilidades especiales que merecen el aplauso del público tienen públicos menos abundantes.

Serenata, conciertos y tocadas

El tranquilo paseo escuchando el concierto vespertino de una banda en el kiosco de pueblo o ciudad pequeña; las vueltas alrededor del parque para el coqueteo discreto con el que pasa en sentido contrario derivan, con el crecimiento demográfico, hacia el lígüe en el *mall* —o centro comercial y a la presentación en auditorios, teatros, antros o espacios abiertos— gratuitos o de paga. Voluntariamente se acude a escuchar a los ídolos en aglomeraciones masivas. No importa que no canten y se trate de simples *covers*, a veces de una obviedad insultante. Su cercanía misma nos inspira: los ídolos estremecen a sus admiradores, aunque sólo alcancen a verlos en las pantallas. Las tocadas y conciertos pueden ser para apoyar causas o simples presentaciones públicas. Todos cantan, corean, bailan. A eso se limita su participación. Apachurrados y enamoradas comparten la mirada de la figura —que se debe a su público y da lo mejor de sí.

Las tocadas de algunos géneros jóvenes suelen incluir una participación más violenta. En general, si la banda prende al público, bailan y cantan. Se busca y se incita al desfogue, los jóvenes usan atuendos especiales. En el *slam* los chavos se empuja y chocan, cada cual baila solo.

Además, hay en todo el país palenques, ferias y festivales de distinta índole que congregan a los más variados participantes: topadas de jaraneros, concursos de zapateado de artesa, reuniones anuales de brujos y curanderos en Catemaco que permiten la reafirmación de pertenencia a algún grupo.

Encuentros y festivales culturales, ganaderos, gastronómicos. Ferias del mole, el nopal, de libros o de flores, que disfrutan quienes viven en el lugar y hacen viajar a los interesados.

Tíbiris, bailes populares, salones reciben a las parejas que lucen, compiten, demuestran o simplemente gozan. *Respetable público, danzón dedicado...*

Danzonear en las plazas parece exclusivo de personas mayores, pero todas las fiestas y bailes incluyen por igual rock, cumbia, música gruperá y la antes llamada "tropical". Los jóvenes urbanos no bailan su música sino en espacios propios: hoyos *fonqui*, galerones, clubes para tocadas –los de más recursos, hacen grandes fiestas de paga, reventones privados exactamente iguales, en otras colonias.

Los bailes "de salón" a veces toman las calles y plazas y los participantes más lucidores y diestros pertenecen a la tercera edad y hasta a la cuarta. Ellos son el espectáculo, por su maestría. La edad, se comprueba, no está reñida con el lucimiento del cuerpo y la sensualidad. Se baila, además en salones. Se asiste en parejas, que llevan años practicando rutinas y coordinación, en grupos mixtos de amigos o en grupos del mismo sexo, para encontrar pareja con quién bailar. El Salón México, emblemático, fue reinaugurado sin su antiguo carácter popular. En la ciudad de México, el California, el Colonial son clásicos para bailar solamente, pues no se vende alcohol. En el amplísimo Estrellita, de Tijuana, se baila la quebradita y música nortea, y allí sí se toma cerveza. Aunque hay ficheras, cualquiera es libre de sacar a bailar a quien quiera, sin ofensa, sólo porque le gustó cómo bailaba o para probar.

A veces las calles se llenan de corredores de maratones. Una multitudinaria demostración de *aerobics* en el zócalo fue un curioso mitin deportivo nunca repetido.

En tiempos pasados las ferias, jamaicas y romerías eran paraíso de jugadores y apostadores; a la mala fama de los garitos se unieron la de la bebida, los palenques, los bailes licenciosos, los espectáculos lascivos, las peleas de gallos y diversiones ambulantes. Las cantidades apostadas en las ferias de San Marcos o San Juan de los Lagos ferias son enormes, aún hoy en día.

Los espectáculos callejeros, incluyen hoy en día merolicos, payasos, mimos, come fuegos y otros resabios de los antiguos espectáculos de circo.

Visible, públicas las manifestaciones de la cultura de masas son dictadas por los estereotipos con las cuales las tiñen los medios. Las válvulas de escape incluyen tanto la pantomima como la afición real. La fiesta se vuelve espectáculo, los concheros son un caso ilustrativo. Existen hace apenas un siglo, son transformación *sui géneris* de las Danzas de Conquista y los Apaches. Actualmente mezclan nacionalismo *new age* con elementos varios de cultura comunitaria —como su organización militar en cofradías o su veneración a los cuatro vientos en santuarios y sitios sagrados prehispánicos— son también un mero *show* que encanta a los turistas con su vigorosa energía: toman, incorporan, inventan y falsean por igual, como si fueran emblemas de las tradiciones mexicanas en su conjunto.

La cultura de masas, creada para ser consumida por las clases populares tiende, a la larga, a sustituir la cultura popular resduardada por sus usuarios y distintiva de cada lugar. Partiendo de gustos o filiaciones, a partir de identidades en movimiento, las élites decretan una distancia entre vulgaridad y refinamiento y brindan espectáculos e información que suponen son adecuados para el pueblo. A su vez los medios son así determinantes de los gustos y los modelos: como lo fue antes el cine y lo son, en mucho menor grado, las bellas artes. Es la televisión la que convierte al futbol en el depositario de la honra nacional, a los baladistas en voceros de nuestros sentimientos y a las telenovelas en modelo del confort y el estatus doméstico. Cuando representan las características populares, hacen ridículas parodias de las mismas: sus retratos del lenguaje, gustos y actitudes de jóvenes, indígenas, travestis o niños son falsos, ofensivos y discriminadores.

Hay variantes de intención entre los *fans* de los Bukis y un manifestante, entre los participantes de las peregrinaciones y los vándalos del Ángel después de un triunfo futbolero. El carácter ritual de muchas tradiciones, descontextualizado, el cambio de funciones los festejos los vuelve muestra de un chovinismo repugnante.

La contradicción estriba entre encerrarse en el ghetto de la pureza tradicional o la contracultura con espacios propios y autónomos: así sean breves. O ser expulsados de la propia tradición por falta de recursos, por migración, por falta de interés. Además, las fiestas siempre fueron, en parte, espectáculos.

Nos explicamos así la reticencia de muchos lugares a ser filmados o fotografiados, para no perder “el costumbre”. Pero también hay un deseo de “difundir” las tradiciones para que persistan: ser televisados es parte del orgullo de los participantes, que siempre saludan a las cámaras y se empujan para aparecer en cuadro.

Somos masas. Emocionarse es la consigna. Que los cara largas se queden en su casa —o los reaccionarios, o los apretados, o los tradicionalistas puros. La transgresión es acotada, los gustos vulgarizados, las identidades, el esquemático espectáculo de mí mismo.

Si se incluye la marcha, la tocada, el carnaval, el rezo en los medios, se diluyen. Y en cambio se prestan coreografías, modas, popularidad a nuevas tradiciones salidas de la nada. Las viejas pasiones son encauzadas por los medios hacia los deportes y los espectáculos. Pan y circo. Y si no hay pan, debe bastar el circo.

La búsqueda de un futuro termina siempre con la reconquista de un pasado.
Ese pasado no es menos nuevo que el futuro: es un pasado reinventado
Octavio Paz¹⁸

¿Cómo armonizar las diferencias sin traicionar ni sacrificar parte de la esencia y la tradición?

La vida comunitaria es sustituido, como *modus vivendi* individualista, por un metafórico palo encebado donde el individuo trepa, a codazos y patadas, en pos de un premio. El caos ritual fue sustituido por el desorden tolerado. La protesta o solidaridad codificada da paso al desmán y el desorden, la utopía de una sociedad sin jerarquías al puro apilotamiento y la aglomeración de multitudes. Aún se requiere un largo camino para asumirnos como una nación democrática, compuesta por un mosaico de diferencias que nos enriquezca sin resquebrajarnos.

La vecindad con una de las naciones más poderosas del planeta ha marcado nuestro carácter —así como el de ellos. Actualmente, en un mundo globalizado donde la

¹⁸ Octavio Paz, *Poesía en movimiento*.

velocidad del cambio parece arrasar con todo intento de ejercer las diferencias, la discusión ha resurgido y la cuestión de las identidades locales vuelve a la escena, compartiendo créditos con las autonomías y el derecho a la diferencia y el respeto. Ante el panorama de ser consumidores en un mundo abierto –sin distancias ni pausas– desarraigados y pobres, no podemos resignarnos a ser solamente los usuarios pasivos de un mundo ajeno. La definición, como nación, comunidad o individuos de quiénes somos, cómo somos y qué queremos es urgente. En tiempos anteriores hemos reclamado esa diferencia. Unidos ante la amenaza del exterior o ante accidentes naturales como el sismo de 1985, volvemos a la solidaridad comunitaria que nos igualó, nos acercó y demostró que sí tenemos algo en común –más allá de las instituciones o diferencias, todos los habitantes del país reclamamos simplemente: *Yo soy de aquí*.